

Ricardo F. Crespo

LAS RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA

diciembre 2006

© *Instituto Empresa y Humanismo*

Universidad de Navarra

ISSN: 1139 - 8698

Depósito Legal: NA 638/87

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S. A.

Imprime: Idazluma, s.a.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

1. Lo económico7

1.1. Dos nociones7

1.2. Medios y fines13

2. Las estructuras diversas de las racionalidades de medios y fines20

2.1. Los diversos tipos de racionalidades20

2.2. Las estructuras de las racionalidades instrumental e instrumental
maximizadora22

2.3. La racionalidad práctica28

2.4. La inconmensurabilidad35

2.5. Integración de racionalidades y prioridad de la razón práctica40

2.6. La reducción moderna de la racionalidad a racionalidad técnica42

2.7. Corolario: consecuencias para las ciencias sociales de la reducción
moderna43

3. Economía y racionalidades47

4. La ciencia económica53

5. Conclusión57

SEGUNDA PARTE

1. Teoría de la elección racional59

2. “Esfuerzo y logro” en Albert Hirschman62

3. “Compromiso” y “maximización” en Amartya Sen63

4. La “Expressive Rationality” de Shaun Hargreaves Heap64

5. La “Constitutive Rationality” de Hamish Stewart65

6. La “Situated Rationality” de Tony Lawson66

7. La “Achievement Rationality” de Elias Khalil68

8. La “Background Rationality” de Mark Peacock69

9. La “Creative Rationality” de Alessandro Vercelli70

10. Valoración final de las nuevas visiones de la racionalidad en economía70

11. Conclusión general71

BIBLIOGRAFÍA79



Nota Biográfica

Ricardo Crespo es Licenciado en Economía y en Filosofía y Doctor en Filosofía. Es Profesor Titular en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina e Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de su país. Actualmente trabaja como Vice-rector académico de la Universidad Austral. Su campo de investigación es la filosofía de la economía. Es autor de cuatro libros: *La Economía como Ciencia Moral. Nuevas perspectivas de la Teoría económica*; *La Crisis de las Teorías Económicas Liberales. Problemas de los enfoques neoclásico y austríaco*; *Liberalismo económico y libertad. Ortodoxos y Heterodoxos en las Teorías económicas actuales* y *Descubrir la melodía. El pensamiento filosófico de Keynes*.

Ha publicado más de 60 artículos y capítulos en libros.

rcrespo@iae.edu.ar



INTRODUCCIÓN

Titulo este trabajo “Las racionalidades de la economía”, usando el número plural del sustantivo racionalidad, por dos motivos. El primero, porque argumentaré a favor de un doble tipo de racionalidad aplicable a la economía: la instrumental y la práctica. El segundo motivo es porque hoy día se postulan varias propuestas en torno a la racionalidad en economía, tales como las *Expressive Rationality*, *Situated Rationality*, *Ecological Rationality*, *Achievement Rationality*, *Background Rationality*, *Constitutive Rationality*, que procuran ir más allá de las diversas versiones de la racionalidad tradicionales: la elección racional, la racionalidad limitada y la teoría de juegos. En general estas nuevas propuestas tienden a buscar una ampliación del concepto de racionalidad. A esto parecen abocarse también diversos programas

como el de la *behavioral economics*, las corrientes experimentales, las institucionalistas, las evolutivas, las que propugnan la incorporación de motivaciones no estrictamente racionales, el altruismo, la consideración del concepto de *happiness*, la reciprocidad, la *collective-rationality*, etc. La aspiración de algunos de estos proyectos es encontrar un concepto que supere la forma de racionalidad denominada instrumental. No siempre lo logran.

Este trabajo consta de dos partes: en la primera expongo el marco de las racionalidades de la economía en el primer sentido: las racionalidades que rigen la realidad económica y la ciencia que las estudia. Será un camino algo largo. En la segunda, más breve, expondré sucintamente algunas de las mencionadas propuestas.



PRIMERA PARTE

La cuestión de qué racionalidades corresponden a lo económico depende de la noción de economía que se sostenga. La racionalidad es el orden de la realidad. Racionalidad viene del latín *ratio*, razón o proporción. A su vez, ésta es la traducción del término griego, rico en significados, *logos*, palabra, razón. *Logos* proviene del verbo *legein*, recoger, ordenar, pensar, leer. Sostener que hay racionalidad supone creer que la realidad no es anárquica, sino ordenada. Es decir, supone sostener implícitamente una posición realista desde un punto de vista lógico-semántico. Esta postura mantiene que hay criterios de determinación de la verdad o falsedad (independientemente de que podamos o no conocer tanto dicha realidad como su orden). Dice Aristóteles que *sapientis est ordinare*; es decir, es propio del sabio buscar, ya sea conocer el orden (orden y razón teóricos), o imprimir un orden (orden y razón

lógico y práctico), según de qué materia se trate.

En esta sección de este trabajo trataré de indagar cuál es el orden o racionalidad de lo económico y, por consiguiente, el de su ciencia, la economía. Para ello, primero habrá que recapitular brevemente mi visión de esa realidad llamada “lo económico”; segundo, exponer cuáles son los órdenes o racionalidades reales; tercero, decir cuál es el orden propio de la realidad económica y, finalmente, cuál debería ser, en consecuencia, el orden o racionalidad de la ciencia que la estudia. Esta visión de la racionalidad de la ciencia económica será el criterio de juicio de las posturas que presentaré en la Sección 2 del trabajo.

1. Lo económico

1.1. Dos nociones

En esta materia se ha cumplido perfectamente aquello de Aristóteles en el *De Coelo*: “la menor des-



viación de la verdad al comienzo se multiplica luego por mil”¹. En efecto, Lionel Robbins comienza su *Ensayo* estableciendo un criterio metodológico erróneo para su definición de la economía. Ese error está en el origen de las desviaciones actuales. Dice en una nota al pie:

“A menudo se afirma que las definiciones científicas de las palabras empleadas, tanto en lenguaje ordinario como en el análisis científico, no debieran diferir del uso diario de esas palabras. Sin duda es un consejo muy bueno y en principio debe ser aceptado. Es cierto que se crea una gran confusión cuando una palabra se usa en un sentido dentro de la práctica de los negocios, y en otro en el análisis de esa práctica (...) Pero una cosa es seguir el uso diario cuando se adopta un término y otra pretender que el lenguaje ordinario es la corte suprema de apelación cuando se define una ciencia, pues, en este caso, el sentido importante de la palabra *es* el objeto de las

generalizaciones de la ciencia. Y sólo refiriéndose a éstas puede establecerse finalmente la definición. Cualquier otro procedimiento sería intolerable”².

Así Robbins cae en una definición circular. Parece querer decir, “la economía se ocupa de lo que se debe ocupar la economía, que es lo que yo/o los economistas hemos definido”. Parece entonces más bien una definición normativa. Esto es lógico si consideramos que se trata de un tipo de acción humana. Pero, por una parte, la normatividad debe fijarse según la naturaleza, no según lo que a mí se me ocurra. Por otra, no es muy coherente con el resto del pensamiento de Robbins.

En aquel trabajo sobre la naturaleza de la economía hice un recorrido semántico por dicha palabra y sus acepciones, siguiendo el criterio, según Santo Tomás de Aquino, que Robbins reconoce usual: “El significado de un nombre debe tomarse de lo que se entiende significar con él en el lenguaje común”³. Con su proce-



dimiento Robbins traslada el foco semántico y la consiguiente noción de la economía de los propios del lenguaje habitual a una visión concreta que coincide sólo en parte con ese significado usual. A la primera noción de economía, la recogida por el lenguaje usual, le interesa la satisfacción de las necesidades humanas mediadas por lo material, mediante recursos intercambiables, motivada por diversas razones. A la segunda, la técnica de Robbins, en cambio, le interesa cualquier acción humana, en la medida en que sea sujeta a un proceso de maximización. En un viejo escrito, Lindley Fraser las llamó definiciones tipo A y B de economía⁴. Más recientemente, Phelps Brown las denominó definiciones determinadas por el campo y la disciplina, respectivamente⁵. Ronald Coase da cuenta, al comparar las definiciones de Marshall y Robbins, de este proceso simultáneo de ensanchamiento del área de interés y angostamiento del punto de vista de análisis de ese área⁶. Es decir,

la economía pasa a interesarse por cualquier realidad humana en tanto que dé lugar a un proceso asignativo eficiente o maximizador. En la medida en que algunos tienen una noción unívoca de la racionalidad humana por la que toda acción obedecería a una lógica maximizadora, toda acción humana pasa a ser económica. La economía deja de ocuparse del *homo oeconomicus* como una especie o aspecto dentro del *sapiens*, ya que todo hombre pasa a ser fundamentalmente económico pues su racionalidad es por definición económica. Esta amplitud es evidentemente abusiva. Cuando la novia trata de seducir a su novio, o la mujer prepara una comida especial a su marido, puede haber algún móvil o consecuencia económica, pero no cabe duda de que sólo de modo marginal, al menos si entendemos por economía lo que entiende la gente.

El doble proceso de universalización y reducción descrito por Coase sigue los pasos de la reducción de toda racionalidad humana



a racionalidad instrumental obra-
da en buena parte de la filosofía
moderna. En efecto, como resul-
tado de esa reducción queda un
solo punto de vista aplicable a
toda la realidad humana -el ins-
trumental-. La racionalidad y la
economía se concentran en los
medios. Los fines están en una
caja negra y consisten en una
masa conmensurable de conteni-
do indescifrable (porque es subje-
tivo) que algunos llaman felici-
dad. Esos fines nos vienen dados
y no importa cuáles sean. Pero
este soslayamiento supone, o
bien una visión *a posteriori* inútil -
teórica en el sentido peyorativo
del término-, o bien una ficción.

La economía, con anterioridad
a John Stuart Mill, aún no expues-
ta gravemente a la lógica utilita-
rista (que es la instrumental), se
preocupaba de los fines. Con pos-
terioridad a Mill, pasó a ocuparse
sólo de los medios. Sin embargo,
una economía que no se ocupa de
los fines no tiene interés, es una
pura técnica y no necesita hombres
que la piensen: la conducirían

mejor unos ordenadores bien pro-
gramados. Si la economía fuera
sólo esto, no podría hacer nada al
margen de la disciplina que se
ocupara de los fines. De cualquier
modo, "economía" es un término
análogo, una expresión que desig-
na realidades en parte diversas y
en parte similares y que deja lugar
a ambas acepciones. Con lo que
cabe un análisis más amplio del
término.

Se deben señalar tres preám-
bulos o condiciones del hombre
que dan origen a lo económico.
Primero, la materialidad del hom-
bre, que le impone limitaciones.
No puede hacerlo todo, porque su
tiempo y capacidad son limitados,
necesita bienes tanto para su sub-
sistencia como para su normal
desarrollo. Debe elegir y obrar
para satisfacer sus necesidades.
Segundo, el hombre está equipa-
do con capacidades (innatas o
adquiridas) que le permiten
manejarse en esa condición
humana, especialmente la razón,
que lo habilita para deliberar,
conocer y juzgar acerca de los



medios y los fines. Tercero, su misma naturaleza conduce a que su limitación se supere socialmente. En resumen, la constitución humana tiene un aspecto “económico”, que lo prepara para enfrentar la limitación del mejor modo posible. Lo he llamado noción “impropia” de lo económico. Es impropia en relación a lo que en el lenguaje vulgar suele entenderse por económico. Comprende a una noción “propia”, que he dividido a su vez en “amplia” y “estricta”. Es decir, es una noción “impropia” en cuanto que cubre un campo que aún no queda suficientemente delimitado, que es demasiado amplio.

La que he denominado materia económica propia en sentido amplio comprende todos aquellos actos, decisiones o disposiciones que ayudan o consisten en el uso de los recursos intercambiables para satisfacer los requerimientos del hombre. Coincide más bien con la noción de “economía sustantiva” de Karl Polanyi⁷. Se ocupa de medios y fines.

En sentido más restricto es económico un modo concreto de satisfacer las necesidades (básicas y no básicas): cuando se hace del mejor modo posible, consiguiendo el mejor rendimiento factible. Es decir, cuando la relación entre los insumos, medios o recursos y los resultados o metas alcanzadas es la máxima u óptima. Tradicionalmente esta relación ha sido denominada “principio económico”. La aplicación del principio económico al material económico da lugar a la noción propia y estricta de “lo económico”. Se aclara que este “principio económico” se puede aplicar a otras realidades que no son económicas: por ejemplo, al uso de mis tiempos del fin de semana, a la distribución óptima de las aulas de una Facultad, o a los horarios y cursos en una institución educativa. Algunas aplicaciones, como las anteriores, son legítimas, pero no dan origen a realidades que son económicas por metáfora, pues sólo metafóricamente podríamos llamar acción económica, por ejemplo, a la



tarea del bedel que asigna aulas. En el caso de otras aplicaciones, como la familia, el crimen, la educación, la política o la religión, se puede dudar de su legitimidad, pues no da la impresión de que la racionalidad propia de esas realidades sea la optimización. La economía en sentido propio estricto equivaldría a lo que Polanyi ha denominado “economía formal”, el economizar en situación de escasez⁸. Ésta pone su atención en los medios.

De la comparación entre las nociones anteriores, la amplia y la estricta, surge otra diferencia. El motivo o la racionalidad que guía la acción en el caso de la economía estricta es sólo el económico: el principio de maximización. En cambio, el sentido amplio incluye tanto este motivo como otros⁹. No siempre tomo mis decisiones relativas al uso de los recursos tratando de sacar el mayor provecho posible de ellos, sino también por otros motivos: gusto, capricho, hábito, etc., sobre todo, en algunas configuraciones socioló-

gicas. Son actos económicos no guiados por el principio económico.

En resumen, lo económico en sentido amplio es el material económico sustantivo, todo lo relativo al uso de los recursos para la satisfacción de las necesidades. Responde a las nociones de definición tipo A de Fraser, a la economía sustantiva de Polanyi, o a la definición *field-determined* de Phelps Brown. Una característica de este material, para que sea propiamente económico, es que sea intercambiable (y que consecuentemente, sea susceptible de recibir un valor económico), lo que nos habla de su dimensión social. Lo económico en sentido estricto es el modo óptimo de usar dicho material. Responde a las definiciones tipo B de Fraser, a la economía formal de Polanyi o la definición *discipline-determined* de Phelps. Pero, insisto, no puede darse solo. Para aclararlo más, vuelvo al problema ya enunciado de los medios y fines y las conse-



cuencias de la exclusión de estos últimos de la ciencia económica.

1.2. Medios y fines

Robbins sostiene que la economía no trata con los fines. La suposición de un fin, que queda al margen, le permite alcanzar una determinación que origina una conclusión exacta. Por otra parte, le evita caer en una consideración subjetiva o ética. La desventaja de esta operación de Robbins es que mientras que los fines vengan dados, sean datos abstractos, la economía deja de ser la ciencia de una acción humana real, pues no hay acción sin fines, y entonces pasa a ser tecnología. Porque si la diferencia entre tecnología y economía reside en la diferencia entre unicidad y multiplicidad de los fines (dando lugar a la libertad en el segundo caso), el hecho de que los fines sean dados y abstractos transforma su multiplicidad en un fin único: el mapa de preferencias¹⁰. Fue precisamente Robbins quien sostuvo que la economía se diferencia de la téc-

nica en que la primera considera varios fines y la segunda uno solo¹¹. Pero él mismo reduce los varios fines de la economía al solo fin de la utilidad, de donde la economía se vuelve técnica. Eso es lo que estaba buscando Robbins, pues, como decía antes, le permite ofrecer una solución exacta. La clave para encajar la acción humana en un marco exacto es considerar como dados los fines o preferencias y los medios, y tender puentes óptimos entre ellos. El carácter exógeno y la estabilidad de las preferencias es el camino para construir un sujeto científico determinado. Carl Menger tituló “El punto de partida y el fin de toda economía humana están estrictamente determinados” al Apéndice VI de sus *Investigaciones sobre el método*. Afirma: “La economía es realmente nada más que el camino que transitamos desde el punto de partida de la actividad humana indicado previamente hacia el fin también indicado previamente”¹²; éste es, propiamente, un camino técnico. Esto posibilita la formulación de leyes exactas,



cuya “naturaleza formal no es diferente a la de las leyes de otras ciencias exactas y de las ciencias naturales exactas particularmente”¹³. “A la economía”, sostiene Robbins, “no le interesa en modo alguno ningún fin *como tal*. Se ocupa de los fines en la medida en que afectan a la disposición de medios, los toma como proyectados en una escala de valoraciones relativas e investiga qué consecuencias se producen respecto de ciertos aspectos de la conducta”¹⁴.

La racionalidad envuelta en este tipo de acción es la instrumental¹⁵. Este tipo de racionalidad no excluye necesariamente comportamientos irracionales - pasiones, emociones, tradiciones, hábitos, etc.-, que quedan contenidos en las preferencias y estimación de los medios, pero puestos entre paréntesis y paralizados. Como dice Davis, “[L]a teoría [económica] de la elección trata acerca de ser instrumentalmente racional. La racionalidad instrumental se define como la elección de las acciones que satisfacen

mejor los fines u objetivos de un individuo *sea como fuera* que éstos resulten caracterizados. La racionalidad instrumental es una racionalidad de los medios eficientes, y es *per se* completamente agnóstica acerca de la naturaleza de los fines que sirve”¹⁶.

Los fines considerados por Robbins poseen características que hacen que no sea necesario conocer su contenido concreto. Son sustituibles según una relación que se manifiesta en una escala de valoración dada y el fin de los fines es la maximización de la utilidad¹⁷. De modo que lo único relevante es la maximización de la cantidad de unidades de fines alcanzada mediante la mejor combinación o uso de los medios. Su convertibilidad dispensa a la economía de conocer su contenido concreto. A esta tesis se oponen los que sostienen la inconmensurabilidad de los fines, según veremos.

La crítica más aguda que he visto a este esquema de Robbins es la de Talcott Parsons. El famo-



so sociólogo norteamericano lo denomina “posición radicalmente positivista”¹⁸. Según Parsons, los fines de Robbins no son fines reales; la economía de Robbins no es economía.

La economía perfecta con fines dados sólo es posible en la película *Matrix*. ¿Por qué? Porque para conseguir la determinación de los fines no sólo sería necesario congelar el tiempo -paralizar la dinámica de los fines-, sino que también sería necesario conocer todas las circunstancias complejas que inciden en lo económico. Esto sólo es posible si todas las posibilidades están determinadas. Y esto sucedería sólo en *Matrix*. Pero en *Matrix* no hay hombres, que están hibernados y cuyas mentes sólo se usan como circuitos inertes que no son libres, sino computadoras. Es decir, se trata de una ficción.

Robbins, sin embargo, aún sostiene la presencia de elementos subjetivos que restan exactitud. Un nuevo paso importante en el camino de la tecnificación y elimi-

nación de lo realmente económico de la economía fue el dado por Samuelson, con su teoría de las preferencias reveladas. Como expresa Davis, “la corriente principal de la economía surgió de la economía neoclásica a través de la progresiva advertencia de que la introspección subjetiva era completamente incompatible con la visión científica del mundo”¹⁹. Según expresa el mismo Samuelson²⁰, el fin de su propuesta de detectar las preferencias mediante su revelación en elecciones visibles fue superar este problema de la presencia de lo subjetivo. Sigue Davis: “Sin embargo, con la eliminación de la subjetividad, también se eliminó la misma base sobre la que los individuos habían sido entendidos como seres independientes (...) La elección, no requerida más como intermediario entre el gusto y la acción, se transforma en una lógica para todo propósito que puede aplicarse a cualquier tipo de agente, individual, multi-individual, humano o como fuera”²¹. De hecho, para varios autores, la



mejor metáfora para representar al agente económico hoy día es el ordenador²².

En verdad ha de reconocerse que existen varios aspectos o situaciones en los que el comportamiento económico es automático y se parece a la lógica computacional; aspectos o situaciones que la economía puede explicar e incluso predecir. Sin embargo, éstas están confinadas a pocos campos y momentos. Como dice Peter J. Boettke, “[l]a situación de los actores económicos tuvo que simplificarse drásticamente para arrojar las formulaciones precisas que buscaba Samuelson. El programa de investigación de Samuelson eliminó el componente consciente de las elecciones económicas a las que se enfrentan los individuos en un mundo de incertidumbre. La elección fue reducida a un simple ejercicio determinado en el marco de unos fines y medios, algo que podría manejar un autómatas. La tarea de descubrir no sólo los medios apropiados sino también los fines

a perseguir fue dejada fuera de la ecuación”²³. Un análisis de la acción humana que suponga preferencias dadas puede formalizarse completamente. Los motivos humanos pueden suponerse homogéneos y reducibles a un conjunto jerárquico de preferencias. Sin embargo, este marco epistemológico deja fuera de la economía, sin negar que existan realmente, aspectos esenciales de los seres humanos, como la libertad, el tiempo histórico, la incertidumbre (en tanto que distinta del riesgo) y la heterogeneidad.

La acción humana queda truncada, se considera sólo la “mitad” relacionada con los medios: esta economía no es acción humana sino “media” acción humana. El problema es que media acción humana es como medio hombre: no es nada. Tradicionalmente se ha pensado que la economía se ocupa del campo racional de los medios y la sociología del campo irracional de los fines²⁴. Pero las características de unos y otros hacen que sean mutuamente



dependientes con una relación compleja y circular²⁵. Por todo lo anterior, la economía no se puede desentender de los fines. Esta proclama se enfrenta con un molde habitual de los economistas. Como dice James Buchanan, se debe reconocer que los hombres pueden elegir cursos de acción que aparecen en el mismo proceso de elección²⁶. Los fines son dinámicos y también se eligen: no son dados. Algo parecido señaló hace bastantes años Frank Knight. Para él, la limitación de la racionalidad económica como descripción de una conducta deliberada es doble: primero, el fin no está dado, sino que es redefinido en el curso de la misma acción; segundo, un fin dado no es un fin en el sentido de la finalidad²⁷. De todos modos, para Knight los fines son cuestión de la ética y la estética y deben integrarse en la ciencia social. Volveré sobre este tema en el próximo apartado de esta Sección.

Rescher es enfático en este sentido: “una ‘racionalidad econó-

mica’ construida estrechamente, basada en deseos no evaluados y meras preferencias, tiene de racionalidad sólo el nombre; también puede ser irracional. La racionalidad es una cuestión de alineamiento apropiado a lo largo de todo el proceso -no sólo de las elecciones con las preferencias sino también de éstas con las evaluaciones y de estas últimas con los valores-. La verdadera racionalidad requiere la búsqueda de fines apropiados basados en intereses humanos válidos, más que de voluntades o preferencias no evaluadas”²⁸.

Tal como la concibió Aristóteles, la economía se ocupaba de medios y fines: era el uso de lo necesario para la vida buena. También Weber la concibió preocupada por los fines. La distinción que hace con la técnica radica justamente en este preciso punto: “la acción económica, sostiene, está primariamente ordenada al problema de la elección del fin al que se aplicará algo; la tecnología, al



problema de, dado el fin, elegir los medios apropiados”²⁹.

Pero quizás el caso más interesante, por lo reciente, sea el de Amartya Sen. Sus propuestas implican obligadamente la concentración en los fines. En efecto, al plantearse el problema de la igualdad, Sen la postula al nivel de capacidades de satisfacción de necesidades³⁰. Dentro del herramienta conceptual de su “enfoque de capacidades” se ponen en juego varias nociones de definición a veces no muy precisas: “funcionamientos”, “capacidades”, “libertad”, “*well-being*”. Los “funcionamientos” son realizaciones y acciones que hacen valiosa una vida. Las capacidades son lo que la gente puede de hecho hacer y ser. Las primeras son hechos logrados; las segundas son oportunidades. Las capacidades se concretan en funcionamientos. El concepto de libertad, vinculado al de *agency* (agencia) es clave para Sen, pues él valora especialmente la posibilidad de elegir las capacidades que se van a concretar en

funcionamientos. *Well-being* son las capacidades y/o funcionamientos en que consiste el bienestar, que no es sólo material: va más allá de la provisión de las necesidades o bienes básicos. El crecimiento económico es sólo una parte del desarrollo, que es el objetivo que se debe proponer la política económica y social. De este modo, Sen reinserta los fines en la economía y reinserta también a la economía dentro de la política.

Ahora bien, si se trata de ocuparnos de fines reales, para que estos no sean meros objetivos puestos por los individuos debemos acudir a lo que nos muestra la naturaleza. Hemos postulado una naturaleza ordenada. El orden implica un fin, pues consiste en la disposición de las partes conforme a éste. “La naturaleza, dice Aristóteles, es en todas las cosas causa del orden”³¹. Por eso inicialmente, Martha Nussbaum, buena aristotélica, critica a Sen su reticencia a formular una lista de capacidades a lograr y dice que



mientras no la defina su enfoque está abierto a cualquier abuso³². La naturaleza señala unos fines que se deben procurar, quedando su concreta determinación al arbitrio de los agentes. En efecto, en una primera etapa la obra de Nussbaum es claramente universalista. Exige la definición de una lista de capacidades compuesta por bienes sustanciales, con valor intrínseco³³. Nussbaum propone una lista abierta de 10 capacidades que considera requerimientos centrales de una vida digna. Su versión del año 2003 incluía: la vida, la salud, la integridad corporal, la capacidad de usar los sentidos, la imaginación y el pensamiento, capacidades afectivas, morales, de pertenecer y convivir, de atención a la naturaleza, de juego, de participación política y propiedad privada y relacionadas. Para ella, las diez capacidades centrales no tienen un orden: cada una es central e innegociable, hasta el cumplimiento de un cierto umbral viable³⁴. La lista es abierta, pues puede exigir una especificación. La idea de Nuss-

baum es que el fin de la economía no es el crecimiento económico *in genere* sino poner los medios para proveer estas capacidades para cada uno y todos³⁵. Esta postura parece muy cercana a una lista de preceptos o principios y bienes naturales. Como decía antes, la economía queda de algún modo subsumida en una disciplina política más amplia.

Una concepción como esta de la economía, se aleja mucho del actual paradigma post-milliano. La emancipación de la economía respecto a los fines iniciada por Mill se consolidó en el siglo XX con autores como Robbins. Pero, si miramos hacia atrás, comprobamos que han pasado 2.200 años de economía estrechamente vinculada a los fines y sólo unos 130 años separada de éstos. Hoy día surgen estas y otras voces de economistas que vuelven a hablar de fines. La fuerza del paradigma actual no puede frenarnos en este sentido. ¿Quién sabe si la economía divorciada de los fines no se tratará sólo de un desafortunado



episodio de su historia? Sólo se podrá saber con el paso de los años. Personalmente, luego de los razonamientos previos, no puedo dejar de adherirme a una visión de la economía fuertemente focalizada en los fines, sin descuidar la atención a los medios. Es entonces cuando surge con claridad la necesidad de considerar una doble forma o estructura de la racionalidad, la propia de los medios y la propia de los fines.

2. Las estructuras diversas de las racionalidades de medios y fines

2.1. Los diversos tipos de racionalidades

Clásicamente se han distinguido la racionalidad teórica de la práctica, y dentro de la segunda, la propiamente práctica o de fines, de la técnica, de medios o instrumental. Además, Tomás de Aquino considera también la racionalidad lógica (en el *Proemio del Comentario a la Ética Nicomaquea*). En efecto, en primer lugar, la razón puede intentar conocer el

orden de la naturaleza inmóvil o cuyo movimiento no depende del cognoscente. Ésta es la racionalidad teórica. Es teórica porque sólo puede contemplarse (*theorein*); el hombre no la cambia. En segundo lugar, el hombre puede conocer e imprimir el orden adecuado en su misma operación, es decir, la racionalidad lógica. En tercer lugar, la razón también conoce e imprime un orden en las propias acciones humanas. Este último orden, llamado práctico, da origen a dos tipos de racionalidades, la racionalidad técnica, el orden que imprime a su acción para conseguir un resultado exterior (un producto o un servicio), y la propiamente práctica, el orden impreso también a su acción, pero para alcanzar un fin inmanente del propio agente: la felicidad, el conocimiento, una destreza, etc. Además de que el producto exterior sea adecuado o defectuoso, el agente puede perfeccionarse o no realizando esa acción. A lo primero apunta la racionalidad técnica y a lo segundo, la práctica.



Hay actos humanos que responden sólo a la racionalidad práctica -pensar, ver, vivir, querer, considerados en sí mismos-. Pero el hecho de que el acto práctico tenga un resultado inmanente -la perfección del mismo sujeto- no significa que el objeto visto, querido, contemplado sea uno mismo, sino que es externo.

El resto de los actos son transi-
tivos -tienen un resultado exterior- y responden a una racionalidad técnica (el orden adecuado para conseguir ese resultado externo), pero también obedecen a una racionalidad práctica (tienen un orden que garantiza el alcance del fin inmanente)³⁶. Quizás sea más adecuado decir que el mismo acto tiene dos dimensiones. Max Weber, después de distinguir acciones de tipo racional con arreglo a fines, racional con arreglo a valores, afectiva y tradicional, añade: “muy raras veces la acción (...) está exclusivamente orientada por uno u otro de estos tipos”³⁷. Un ejemplo puede mejorar la comprensión. Cuando traba-

jo lo hago para producir un bien: hay reglas técnicas definidas que garantizan la perfección del resultado. Pero también lo hago como modo de realización personal o intrínseca, e incluso trascendente, por los demás. Por eso, pongo “medios” para que esto sea así: el empeño, la honestidad, etc., pero estos “medios” ya son el fin y están presentes en todos los medios “físicos” del trabajo. Desde el principio hasta el final del acto humano está presente el querer del fin por parte de la voluntad impregnando todo el proceso. Este es el aspecto o dimensión práctica del acto³⁸. En síntesis, la dimensión técnica consiste en la correcta asignación de medios a fines y la práctica en el discernimiento racional de esos fines y la impregnación racional de todo el acto por parte de ellos.

Escribe Santo Tomás de Aquino: “la razón procede de un modo en el ámbito de lo técnico y de otro en el ámbito de lo moral”³⁹. Aunque racionalidad técnica y práctica son dimensiones o usos



de la misma razón y acción, sus “estructuras” difieren. Es importante que nos detengamos cuidadosamente en este punto ya que el olvido o la inadvertencia de la diferencia entre la estructura de la dimensión técnica y la práctica está en la raíz de muchas confusiones de las ciencias sociales contemporáneas. En los tiempos modernos se ha producido una especie de invasión y absorción de la dimensión práctica por parte de la técnica. La dominación de la lógica técnica anula la moralidad o crea otro modo de moralidad: todo lo técnicamente posible pasa a ser moralmente exigible. La univocidad estructural conduce a la resolución de toda acción en un ajustarse de medios a fines que, obviamente, se procura que se realice óptimamente. Este es el esquema estructural de la acción económica que entonces, lógicamente, tanto por su simplicidad explicativa como por sus promesas predictivas y normativas, tiende a aplicarse a toda realidad humana. ¿Dónde está el error? No

es fácil de detectar. Las analizaremos una a una.

2.2. Las estructuras de las racionalidades instrumental e instrumental maximizadora

El esquema o estructura más sencillo es el de la racionalidad técnica: dado el fin o los fines, esta racionalidad trata de determinar cuáles son los medios apropiados para alcanzarlo/s. La dimensión técnica considera, planea y obtiene un resultado. Para la racionalidad técnica los medios y fines vienen dados, no son elegidos y la pregunta es cuáles son los medios para alcanzar los fines: se la ha llamado, con razón, racionalidad instrumental. Esta última denominación está cargada hoy en día de connotaciones negativas que no tiene en sí misma: sólo su exacerbación es negativa. La racionalidad técnica mira los medios en cuanto medios. Por eso, en este ámbito, el fin justifica los medios (por eso la política, devenida técnica, adopta este principio). Se parece a la teórica



en que contempla un modelo para construirlo y luego lo juzga construido.

La racionalidad técnica puede no contentarse con averiguar cuáles son los medios sino también tratar de sacarles el mayor provecho posible. El mayor aprovechamiento de los medios disponibles conduciría a la consecución de la mayor satisfacción de fines posible. Es la operación que en economía se denomina maximización u optimización y que aquí llamaré “racionalidad técnica maximizadora”, para que quede clara su índole técnica. Lo que se hace en economía es maximizar la utilidad de un conjunto de fines o preferencias ordenados ordinalmente. Se asume -tema discutible y discutido- que estos fines son conmensurables de alguna manera, de modo que se maximiza una utilidad que no se sabe cómo se compone -ni interesa saberlo-. Adopta la forma de una función matemática, $y = f(x)$, $g(z)$, etc., en la que hay una cierta combinación de las variables independientes x

y z (medios) que hace que el valor de la variable dependiente (la utilidad de las preferencias o conjunto de fines) tome el valor máximo posible, dados los parámetros de la función (valoraciones de la incidencia de los diversos medios en la utilidad total). Se le llama también “optimización” porque para algunas acciones económicas lo mejor no es maximizar sino minimizar (los costos, por ejemplo), y este término abarca ambas posibilidades⁴⁰. Este uso de la palabra optimización no es adecuado.

Patricia Saporiti me hizo un comentario crítico muy agudo acerca de esta última palabra. Copio de su comunicación escrita: “Literalmente hablando, ‘máximo’ es adjetivo superlativo de ‘grande’ (lo más grande) mientras que ‘óptimo’ es adjetivo superlativo de ‘bueno’ (lo sumamente bueno). Con ello tenemos que el agente maximiza cuando delibera sobre una base cuantitativa (compara bienes) y optimiza cuando delibera sobre una base cualitati-



va (jerarquiza fines o les otorga valor). Así, en toda elección concreta existe alguna forma de maximización (ésta es la situación propiamente económica), pero ello no siempre supone optimizar (porque optimizar es la situación económica teleológicamente orientada). La maximización sólo tiene sentido si está integrada en una optimización". Amartya Sen también usa estos términos de otro modo. Ya lo veremos.

Los mismos economistas discuten la posibilidad de esta operación por variados motivos⁴¹. Unos de fondo -la mensurabilidad (no todos los fines parecen expresables cuantitativamente), la conmensurabilidad (no se pueden comparar, sustituir o reducir unos fines a otros), la integración con otras funciones de utilidad, la incertidumbre- y otros prácticos.

Sin embargo, aquí me parece importante hacer algunas aclaraciones y rectificaciones. Primero parece conveniente citar unos pasajes de Aristóteles al respecto:

"(...) todas las cosas que se intercambian, deben ser comparables de algún modo. Esto viene a hacerlo la moneda (...) De no ser así, no habrá ni cambio ni asociación. Y no será así si los bienes no son, de alguna manera, iguales. Es preciso, por tanto, que todo se mida (*metresthai*) por una sola cosa (...) Esta cosa es, en realidad, la demanda [necesidad humana] (*chreia*) que todo lo mantiene unido; pero la moneda ha venido a ser, por así decirlo, la representación de la demanda (*chreia*) en virtud de una convención. Así, pues, la moneda, como una medida, iguala (*isazei*) las cosas haciéndolas conmensurables (*synmetra*): no habría ... igualdad si no hubiera conmensurabilidad (*synmetrias*). Sin duda, en realidad es imposible (*adynaton*) que cosas que difieran (*diaferonta*) tanto lleguen a ser conmensurables, pero esto puede lograrse de modo suficiente para la demanda (*chreia*)"⁴².

Tenemos entonces una serie de bienes substancialmente diversos (pueden ser trabajos -éste es pre-



cisamente el ejemplo de Aristóteles-) que se hacen comparables por una propiedad de éstos, que es su capacidad de satisfacer la necesidad humana. El precio y la moneda “completan” la comparabilidad y posibilitan el intercambio. La utilidad es de los bienes que son medios, no de las preferencias o fines. Son bienes útiles porque satisfacen un fin. Pero la utilidad conmensurable es de medios y la maximización también. En un sentido similar, John Finnis señala que “la utilidad que tienen en mente los utilitaristas es la aptitud de una acción u omisión para producir un estado de experiencia denominado ‘placer’, ‘satisfacción’ o ‘felicidad’”⁴³.

Por eso, podría haber un problema de conmensurabilidad de fines, pero ese problema no afecta directamente a la maximización, porque ésta no es de fines sino de una propiedad que, aunque relativa a los fines, es de los medios: la utilidad. Pero si puede afectarlo indirectamente: si los fines son diversos e inconmensu-

rables, ¿de qué nos sirve, a fines prácticos, la maximización de la utilidad de los medios? Porque, ¿no sucederá que al relacionarse los medios determinados con fines determinados, la inconmensurabilidad de estos últimos se traslade a los primeros? Las casas verdaderas no se comen y, a la inversa, no puedo vivir en una casa comestible; y ni casas ni alimentos sirven para vivir en una sociedad justa, tener amigos o participación política. Si los fines son inconmensurables, ¿existirá tal propiedad homogénea de los bienes, llamada utilidad, que representa la contribución de éstos a la satisfacción de los fines? Más bien, lo que parece existir es la utilidad de este bien concreto para este fin concreto. O el valor monetario de este medio que se añade al total de los valores monetarios consumidos. Todo lo que puedo decir es que hay una determinada combinación de medios que arroja la mayor renta monetaria posible. Si los valores monetarios “revelaran”, como pretende Samuelson, la utilidad,



habría alguna posibilidad de que todo esto sirviera de algo. Pero como ha demostrado Sen hace ya mucho, la construcción de Samuelson no independiza de los problemas de la utilidad. Por otra parte, las elecciones no revelan necesariamente las preferencias⁴⁴. Por eso, y volveré a ello, el esquema de maximización de la utilidad es completamente teórico: es sólo un esquema que trata, defectuosamente por cierto, de mostrar qué está pasando.

También volveré sobre el problema de la conmensurabilidad a la hora de tratar de los fines. Pero ahora volvamos sobre los medios asumiendo un esquema técnico simple, que deje fuera posibles objeciones: con un fin unívoco y bien claro⁴⁵. “La razón, dice Santo Tomás, en las cosas artificiales se ordena a un fin particular”⁴⁶. En éste sí se puede aplicar la maximización: por ejemplo, cuál es la mejor combinación de hormigón y hierro para construir más metros cuadrados de losa. Digo “se puede”, porque no es necesar-

rio maximizar siempre. Puede haber error, o una deliberada intención de no maximizar⁴⁷. Esto da pie a otra digresión que se impone hacer en algún momento.

El economista podría decir que en estos casos también hay maximización. Consideraría que la búsqueda de la información que evitaría el error es un coste que se tiene en cuenta y se maximiza con esa restricción; y diría que la ignorancia, la pereza o el vicio que llevan a no maximizar son fines que también se están maximizando. Pero esto lleva a una definición tautológica en la que toda acción humana técnica es maximizada, lo que a todas luces no corresponde a la realidad. O equivale a decir que todos hacen lo que hacen por algún motivo, lo que es un truísmo⁴⁸. En este sentido es claro Harvey Leibenstein cuando afirma:

“La interpretación del postulado de maximización significa una gran fuente de dificultad. Algunos lo interpretan como un postulado conductual o factual; otros lo interpretan tautológicamente. En



mi opinión, la primera es la interpretación correcta. Sin embargo, sabemos de casos en los que ello no se verifica, circunstancias en las que la gente no maximiza. El enfoque tautológico implica que toda la conducta representa maximización, *cualquiera* que sea la naturaleza de la conducta. Dice que la gente siempre maximiza, pero que puede tener objetivos complejos y ocultos. Esto va en contra de la sensata noción de que la definición de la maximización como término debe admitir la no maximización como una posibilidad. Además, ello va en contra del importante principio científico de que las aseveraciones pueden criticarse sobre la base de datos factuales o experimentales. El enfoque tautológico inmuniza al postulado, así como a muchas implicaciones de la teoría de la que es parte, de toda crítica posible⁴⁹.

¿Dónde está la falacia de este frecuente razonamiento de utilitaristas y economistas? En un uso unívoco de términos análogos.

Dicen que toda conducta humana es interesada pues, aunque sea interés por el otro, también es mi interés. O dicen que toda conducta es racional, y que esa racionalidad es siempre maximizadora, porque decir que no lo es supondría hacer un juicio de valor, inválido en la ciencia (por ejemplo, Mises)⁵⁰. El problema es la falta de respeto a la analogía de términos como “racionalidad” o “interés”. Se los reduce unívocamente a un significado amplio, equivalente a voluntariedad, que no es el más habitual. En efecto, se puede decir que todo acto voluntario es racional y busca un fin o un interés, por más irracional o desinteresado que sea. Pero si determinamos este uso de las palabras, deberíamos buscar otro para denotar la racionalidad por oposición a la irracionalidad, o el interés por oposición al desinterés. El problema es que es éste, precisamente, el uso más habitual de estos términos.

Dejando esta dificultad de lado, la estructura de la dimen-



sión técnica es deliberar y elegir los medios para alcanzar los fines. Hay varias soluciones técnicas posibles, pero una sola óptima en relación a criterios de discernimiento de la optimización prefijados.

2.3. La racionalidad práctica

Ya Aristóteles distingue con agudeza ambos tipos de racionalidades -práctica y técnica- al comienzo del libro VI de la *Ética Nicomaquea*: “La disposición racional apropiada para la acción [*hexis logou praktiké*] es cosa distinta de la disposición racional para la producción [*poitikhês*]”⁵¹.

La racionalidad práctica, decía antes, es la ordenación de la acción al fin inmanente que se propone el agente. La dimensión práctica se preocupa por conocer y justificar el fin, un valor en sí que envuelve toda la acción⁵². Tiene relación también con los medios, pero en cuanto impregnados por el fin, que es el motivo que lleva a la acción. En realidad, cuando pasamos al campo prácti-

co, éstos no son propiamente medios, sino partes del fin. La racionalidad práctica no se ocupa de los medios como medios, sino en sí, como fines particulares que deben estar en armonía con los otros, en un “horizonte de totalidad”⁵³. Ese “todo” es una cierta concepción de la propia vida, “la vida buena o feliz que opera de modo latente o explícito como fin último al que apunta la actividad práctica como un todo”⁵⁴. “En las cosas morales”, señala Santo Tomás, “la razón se ordena al fin común de toda la vida humana”⁵⁵. Martin Rhonheimer provee buenos ejemplos como que “quien descansa para terminar una tarea, en realidad ya está terminando su tarea” y concluye: “De esta manera la praxis humana se organiza para formar un todo dotado de sentido, una estructura organizada intencionalmente, una vida”⁵⁶. Refiriéndose a la dimensión práctica del trabajo, Hannah Arendt dice en *La condición humana*: “Este logro específicamente humano se sitúa fuera de la categoría de



medios y fines; (...) los medios para lograr el fin serían ya el fin”⁵⁷.

Por eso el esquema o estructura de la dimensión práctica es distinto del técnico. La pregunta no es ¿cuáles son los medios para alcanzar estos fines?, sino ¿cuáles son las partes del fin? Rhonheimer llega a afirmar que uno de los ejemplos de Aristóteles, el de la salud, es peligroso, “porque en muchos casos posee más bien la estructura del actuar artificial, es decir, de relaciones medios-fin de tipo técnico”⁵⁸. Sin embargo, Aristóteles habla en la *Retórica* de las partes de la felicidad⁵⁹.

La dimensión práctica no maximiza, sino que armoniza, coordina, alinea⁶⁰. No acude a algoritmos. Como dice David Schmitz, no existe un algoritmo para la elección racional de los fines. Por otro lado, como también señala este autor, la cuestión de los fines es dinámica: no están dados en la realidad⁶¹. Pero que no exista un algoritmo no significa que no sea posible un razonamiento acerca de los fines. El razonamiento “cal-

culador” es sólo un uso de la razón, por cierto el menos típicamente humano, cuya importancia ha sido sobrevalorada en la Edad Moderna, por la caída en desgracia del uso eidético o aprehensivo.

En el libro III de la *Ética Nicomaquea*, Aristóteles dice que deliberamos acerca de los medios, no acerca de los fines⁶². ¿A qué fines se está refiriendo en ese lugar? ¿Sobre qué fines no deliberamos, sino que los tomamos como dados? Sobre los últimos fines, la salud corporal y la felicidad del hombre⁶³. ¿En qué radica la felicidad del hombre? Primeramente, Aristóteles señala la virtud. Más adelante, sostiene: “la contemplación y la meditación que tienen su fin en sí mismas y se ejercitan por sí mismas”⁶⁴. Para Aristóteles éste es el acto más perfecto, en el que radica la felicidad⁶⁵. Razonamos teóricamente (conocemos) acerca del último fin, que es el principio (*arche*) del razonamiento práctico, el que nos conduce a todas las implicaciones de aquél⁶⁶. Como



señala Vigo, “el fin último de la vida práctica debe ser representado como un fin deseado sólo por sí mismo y no como medio para otra cosa, mientras que todo lo demás ha de ser deseado también por causa de o con vistas a ese fin”⁶⁷.

Este último fin se constituye en el criterio de alineación del resto de los fines. Este conjunto conforma la constelación de los fines prácticos. Ahora bien, si esto es así, daría la impresión de que los fines prácticos son instrumentales respecto al fin último y que, por tanto, es posible la aplicación de un criterio maximizador. A lo que respondería Terence H. Irwin que esos fines son intrínsecos a la vez que instrumentales: podemos buscarlos tanto por sí mismos como en tanto partes de la felicidad⁶⁸. El logro de la felicidad responde a una lógica particular. No podemos buscarla de modo directo. Se consigue alcanzando las partes que la integran⁶⁹.

Además del argumento de Irwin se puede decir que aunque

los fines prácticos que son parte del fin se dirijan a un último fin, son irreducibles a éste, pues son fines heterogéneos, inconmensurables, y por tanto no intercambiables o sustituibles; deben estar presentes todos como partes del último. Esto no quiere decir que en algún momento coma menos porque estoy muy ocupado con un trabajo o porque quiero estar en mejor forma para hacer deporte. O que no renuncie a un rato con un amigo porque tengo sueño. Pero hay un umbral que, fuera de circunstancias pasajeras, hay que cubrir⁷⁰. Queda pendiente volver sobre el tópico de la inconmensurabilidad. Pero ahora volvemos a los fines y su constitución.

¿Cómo accedemos a esas partes del fin y a su orden adecuado? Si nos trasladamos al libro VI de la *Ética Nicomaquea*, observamos que no sólo conocemos esos fines⁷¹. No sólo deliberamos acerca de los medios como medios sino también como partes del fin, y las ordenamos racionalmente en orden al último fin⁷²: en la *Ética*



Nicomachea Aristóteles encara un verdadero razonamiento acerca de los fines, que conduce a un ordenamiento en función del fin que no se busca por otro sino por sí mismo.

Aristóteles habla de los medios como de *ta pros to telos* y Santo Tomás de Aquino de *ea quae sunt ad finem*, aquellas cosas que son para el fin, que son acciones concretas, intencionales y libres⁷³. Según David Wiggins, esta formulación permitiría a Aristóteles usar la misma expresión tanto para la deliberación sobre los medios técnicos como sobre la ordenación adecuada de las partes o constitutivos de los fines⁷⁴. Dice Wiggins:

“En este último caso, un hombre delibera acerca de qué tipo de vida quiere llevar, o delibera en un contexto determinado acerca de cuáles de los posibles cursos de acción se ajusta más a su ideal de vida, o delibera acerca de qué constituye la felicidad aquí y ahora, o (menos solemnemente) delibera acerca de en qué consis-

tiría el logro de un objetivo aún no específico que se ha propuesto en esta determinada situación”⁷⁵.

O como explica Ana Marta González:

“Es la misma naturaleza peculiar de la acción la que explica que, a diferencia de lo que sucede con la obra técnica, no haya medios determinados para llegar a su propio fin; el fin propio de la acción va implícito en cada elección. Por su parte, la elección, lejos de ser un simple medio para un fin extrínseco a ella, es una parte integrante del mismo fin, por el que la voluntad se compromete ya con ciertos bienes”⁷⁶.

Ahora bien, como ya dijimos con Schmidt, la relación medios-fines es dinámica y entonces las dos estructuras se entremezclan en los actos concretos (lo que puede ser motivo de confusión y de reducción a la que parece más sencilla de entender, la técnica). También lo explica muy bien Wiggins:



“En el caso no técnico tendré habitualmente una descripción extremadamente vaga de algo que quiero -una buena vida, una profesión que me satisfaga, un fin de semana interesante, una tarde entretenida- y el problema no será ver [como es en el caso técnico] qué será causalmente eficaz para conseguirlos, sino qué *califica* realmente como una especificación adecuada y realizable de lo que satisfaría ese querer. La deliberación es aún una *zétesis*, una búsqueda, pero no es primariamente una búsqueda de medios. Es la búsqueda de la mejor especificación. Hasta que no haya especificación no hay lugar para los medios. Cuando se consigue, puede comenzar la deliberación medios-fines, pero las dificultades que surjan en ésta, me llevarán muchas veces a volver a una especificación del fin mejor o más factible, y todo el interés y dificultad del asunto será la búsqueda de adecuaciones adecuadas, no sus secuelas técnicas en la relación medios-fines”⁷⁷.

Se debe aclarar que esta búsqueda debe hacerse, según la indicación ya citada de la *Física* de Aristóteles, siguiendo las indicaciones que da la naturaleza. Deliberar sobre los fines no es ponerlos como si fueran objetivos, sino descubrir los fines naturales⁷⁸. Sólo después pasan a ser objetivos o metas. El mismo objeto o acción es analizado primero como parte del fin y luego como medio: pero al analizarse como medio puede cambiar como fin. Como dice Terence H. Irwin, “si no modifico un deseo cuando la deliberación me muestra su coste exorbitante en relación al de otros deseos, sería groseramente irracional, aunque la razón hubiera completado su tarea instrumental”⁷⁹.

Ya vimos que el esquema de la racionalidad técnica admite la maximización cuando el fin es único y dado. Wiggins pone el ejemplo del jugador de billar que trata de lograr la mayor cantidad de puntos posibles en las jugadas disponibles. Elegirá los golpes



que arrojen el resultado mayor de la adición de los siguientes productos: primero, el de la utilidad de los golpes multiplicada por la probabilidad (P) de que resulten efectivos; segundo, la “desutilidad” del fallo por $(1 - P)^{80}$. Hay, dice, situaciones deliberativas similares a ésta. Pero la mayoría no lo son. “Preguntarse qué promueve mi felicidad no es lo mismo que maximizar la satisfacción de mis actuales deseos”, señala Irwin⁸¹. No se trata, seguimos con Wiggins, de maximizar sino de responder a demandas particulares en situaciones concretas. Además, las situaciones no están cerradas. La pluralidad de fines y bienes conduce a reclamos inconsistentes, que compiten entre sí. El peso de esos reclamos no está prefijado u ordenado, y, de estarlo, el orden puede romperse. Por eso, señala:

“ninguna teoría que quiera recapitular o reconstruir el razonamiento práctico, igual que la lógica matemática recapitula o reconstruye la experiencia concre-

ta de conducir o explorar un argumento deductivo, puede tratar a los intereses del agente en una situación como un sistema cerrado, completo, consistente. Es de la esencia de esos intereses hacer reclamos competitivos, inconsistentes “ésta es una señal no de nuestra irracionalidad sino de la racionalidad enfrentada con la pluralidad de fines y de bienes humanos”⁸².

Por eso, sigue Wiggins:

“La racionalidad en un agente es la disposición ejercida episódicamente (y ocasionalmente, sin duda, no ejercida) de preferir (y de persistir en la preferencia) un acto, una creencia o una actitud a la luz de los estándares de evaluación y fines e ideales normativos, cuya determinación es la tarea de una reflexión evidencial, axiológica, moral o de cualquier otro tipo”⁸³.

Y concluye:

“El carácter inacabado o indeterminado de nuestros ideales y de nuestra estructura de valores



es constitutivo tanto de nuestra libertad humana como de nuestra finitud, que enfrenta un rango indefinido o infinito de contingencias, con poderes de predicción e imaginación de nuestra racionalidad práctica también finitos”⁸⁴.

Pongamos algunos nuevos ejemplos que ayuden a distinguir lo técnico y lo práctico en las acciones humanas a la luz de las precisiones anteriores. Ejemplo 1. Cuando reprendo a mi hijo porque se portó mal, el enfado mismo, la inflexión de la voz, los gestos, no son medios sino el fin mismo, parte de éste, aparte de que también son medios “físicos” sin los que no habría reprimenda. Ejemplo 2. En cambio, cuando cocino una tortilla, el fósforo, la cocina a gas, la plancha, el fuego, etc. son claramente medios. Pero la intención con que cocino la tortilla -saciar el hambre o dar un gusto a alguien- se inscribe en la dimensión práctica -el fin de dar ese gusto- e impregna de practicidad los actos de encender el fósforo, prender la cocina, colocar la plancha, el filete, etc.: son acciones

intencionales y concretas, distintas de los medios físicos, aunque coincidan en el soporte material. Ejemplo 3. Cuando se trata de producir algo -la dimensión técnica- interesa combinar adecuadamente los medios para alcanzar el resultado deseado y, dentro de los márgenes admisibles, puede incorporarse la perspectiva económica que contribuye a alcanzar el mejor resultado con la menor inversión de medios posible. En cambio, cuando se trata de desempeñar ese mismo oficio con rectitud y honestidad -la dimensión práctica-, no podemos hablar de maximizaciones o minimizaciones en los actos que componen el oficio, pues o se es o no se es recto y honesto y todos los actos se ordenan a ello si somos coherentes. Cuando los medios se toman como medios para alcanzar el fin establezco una secuencia técnica en la que cabe aplicar el criterio de maxi-minimización. Cuando los medios se toman, en cambio, como partes del fin, sólo me detengo en su alineación.

También Robert Spaemann pone ejemplos: las partes del cua-



dro respecto a su todo, y las partes y el compás de una sinfonía. El contexto es el alcance de la vida lograda, denominación que asigna al fin último práctico. Dice Spaemann

“En la relación medio-fin, el fin se define independientemente de los medios, determinando, como independientemente, la búsqueda de éstos. En cambio, no podemos saber qué es la vida lograda al margen de los contenidos que la distinguen. Estos últimos no son interpretados funcionalmente como ‘medios’ porque los ordenemos al todo en cuestión. Ni tampoco son, por ese motivo, intercambiables entre sí”⁸⁵.

Es, el del cuadro o la composición o el poema, el mismo ejemplo que pone John Rawls en su *Teoría de la Justicia*⁸⁶.

En suma, las estructuras de una y otra dimensión, técnica y práctica, difieren. Como señala Llano, “el fin propio del hacer *no es* el fin propio del obrar (...): hay una *teleología técnica* distinta -aunque no separada- de lo que hoy llamaríamos *teleología ética*”⁸⁷. Los medios en

la dimensión técnica tienen razón de causa “eficiente” o “motora”. No la tienen, en cambio, en la dimensión práctica; por eso no son medios, sino partes del fin.

2.4. La inconmensurabilidad

En Inglaterra se armó un escándalo cuando John Lennon, el 4 de marzo de 1966, dijo: “[los Beatles] ahora somos más populares que Jesús”. En realidad, si no hubiera ido acompañada de otras declaraciones, esta frase hubiera sido inofensiva, ya que la popularidad de Jesús y la de los Beatles son inconmensurables, pues son, como suele decirse, “amores distintos”.

La cuestión de la inconmensurabilidad es bien amplia. Dos cantidades son conmensurables si están medidas en la misma unidad. Se habla de conmensurabilidad en los campos epistemológico (entre teorías, paradigmas), ético (entre valores) y matemático (dos números son conmensurables si su razón es un número racional)⁸⁸. En los dos primeros



campos conmensurabilidad parece equivaler a comparabilidad. Pero, en realidad, son distintas. Mientras que la conmensurabilidad es cuantitativa, la comparación es cualitativa: comparamos con un valor respecto al que se es mejor o peor. Siguiendo el argumento de Patricia Saporiti podemos afirmar que la conmensurabilidad posibilitaría la maximización mientras que la comparabilidad posibilitaría la optimización. La conmensurabilidad, al ser de cantidades, admite la maximización. En cambio, la comparación, al ser de cualidades, no la admite. Como ya dijimos, éste no es el uso habitual de estos términos, en el que la optimización incluye las especies de maximización y minimización. Para Sen es posible la optimización cuando hay completitud en las preferencias, y la maximización, cuando no son completas (volveré sobre esto). Ninguna de estas dos posibilidades parece correcta.

Aquí nos interesa la noción general de conmensurabilidad,

pues estamos tratando de ver si los fines pueden reducirse a una unidad de medida, la utilidad, que debería tomar un valor en una función matemática. Y también entre valores, porque son los fines o preferencias a los que más propiamente se aplica la utilidad de los medios. Pero, sin duda, si esos fines fueran incomparables o inconmensurables, también lo serían desde el punto de vista matemático.

Para Aristóteles, una cualidad es accidentalmente cantidad⁸⁹, de donde cabría que algo fuera más o menos blanco, más o menos bueno: las cualidades admiten un más o un menos, pero esto se da entre cualidades homogéneas⁹⁰, no diversas. Esto tiene un límite: llega un punto en que lo menos bueno pasa a ser malo, o lo menos blanco, gris: se corta la escala o grado de la cualidad.

Aristóteles señala la inconmensurabilidad de los fines cuando se refiere críticamente a la idea platónica de bien: las nociones de honor, prudencia y placer parecen



irreductibles⁹¹. No se puede decir que comer sea mejor o más conducente a la felicidad que vestirse, conocer o tener amigos: son todos ellos bienes humanos básicos que han de obtenerse. Por supuesto que *primum vivere, deinde philosophare*, pero aquí no corresponde aplicar dilemas para obtener *rankings*, sino que se trata de armonizar, de equilibrar todos los fines que el hombre necesita. Para Franz Brentano los fines son habitualmente aún más que inconmensurables, incomparables. En cualquier caso, “son imposibles las determinaciones de medida”⁹². Isaiah Berlin argumenta esta imposibilidad de comparación de fines en defensa de la libertad⁹³. Otros autores que han argumentado a favor de la inconmensurabilidad de los fines han sido Terence H. Irwin, John Finnis, Robert P. George, Joseph Raz, Henry S. Richardson y Charles Taylor⁹⁴. Este último autor habla de contrastes cualitativos entre maneras de actuar o vivir más elevadas o más bajas. Sería un error construirlos, añade, como unas

meras diferencias de grado en el logro de algún bien común, como hacen los utilitaristas: “La integridad, la caridad, la liberación, etc. se presentan como dignos de ser buscados de un modo especial, inconmensurable con otros objetivos que podríamos tener, como lograr la salud, el confort o la aprobación de los que nos rodean”⁹⁵.

Pero en este contexto interesa más señalar que para Amartya Sen, quien, como ya anticipé, reintroduce a los fines como asunto de la economía, éstos son inconmensurables, tanto para el mismo agente, como entre agentes. “Los derechos de diferentes personas y diferente tipo, señala, no se fusionan en un total homogéneo, resultando una moralidad ‘monista’ basada en la maximización de esa magnitud”⁹⁶. Puede decirse lo mismo de Martha Nussbaum, quien ha seguido a Sen con algunas diferencias⁹⁷.

El teórico de la elección racional pasaría por encima de esta dificultad -que declararía inexis-



tente- y aplicaría su esquema maximizador haciendo los reemplazos conceptuales que correspondan: los diversos fines serían como los bienes o medios que contribuyen al último fin o utilidad. A lo que Wiggins respondería que éste es un esquema teórico irreal e inaplicable, que no ayuda a comprender la realidad del proceso que hemos analizado antes, que es de armonización de fines irreductibles (lo que indirectamente produce la felicidad). Después de la elección la maximización es un truismo, que además no expresa la realidad de lo que pasó. La maximización es algo “superviniente”: no se elige porque se maximiza, sino que la elección podría tratar de expresarse - con las limitaciones señaladas- como una especie de maximización. Pero decir en este contexto que se maximizó no aporta más que decir la obviedad de que “siempre hubo una razón para hacer lo que hicimos” y en buen lenguaje esto no se expresa bajo el término “maximización”. Es por eso una descripción que induce a

la confusión porque el proceso, insisto, no es el propio de una maximización⁹⁸. Se trata, en palabras de Wiggins, de “una caricatura de las decisiones y acciones humanas”⁹⁹.

Los utilitaristas, por supuesto, suelen estar a favor de la conmensurabilidad. Si no, se les hace muy difícil el seguimiento de su lógica. De hecho elegimos fines, dicen, y hay situaciones en las que no tenemos más remedio que priorizarlos valorándolos. Pero, ¿no tendrán razón? De hecho elegimos fines. De hecho superamos el problema de la inconmensurabilidad. Esto es efectivamente así: en un momento puntual, el de esta elección concreta, elegimos. Pero se trata de una elección que es posible mediante una comparación de orden práctico, que se realiza a la luz de nuestra concepción global de la felicidad, del plan de vida que, aunque sea en borrador, hemos diseñado para nosotros con base o no en la naturaleza. Podremos trabajar en vez de dormir hoy, pero no infini-



tamente. Con la vista puesta en el horizonte de nuestro plan de vida tenemos que combinar los fines armónicamente. Esto es posible precisamente gracias a la que podríamos denominar “comparabilidad práctica”, cuyos criterios no son maximizadores sino armonizadores de una serie de fines a la luz de nuestra concepción de la felicidad.

Tiene interés reseñar brevemente el caso de Mill, a quien hemos hecho referencia al principio de este trabajo por su anulación de los fines en el ámbito de la economía. Es conocido que en Mill se dan las tensiones propias de la reunión de elementos tomados de autores como Aristóteles o Bentham, que influyeron en su formación. Lo más interesante es que en el capítulo cuarto de *Utilitarismo* afirma que los “ingredientes de la felicidad”, “deseados y deseables por sí mismos; además de ser medios, forman parte del fin”¹⁰⁰. La virtud, el sentido de la dignidad, el amor a la música, el deseo de salud o de dinero, por

ejemplo, son ingredientes o partes del fin que es la felicidad¹⁰¹. Es algo plural e indeterminado. Pero a su vez, estos fines se desean “como medios para la promoción del placer”¹⁰². Lo no hedónico, entonces, vale por sus propiedades o consecuencias hedónicas. De este modo Mill lograría hacer conmensurable lo inconmensurable. Llega a proponer incluso un *test* para conmensurar valores que sólo son comparables¹⁰³. Pero él mismo termina anulando la conmensurabilidad cuando dice que ningún ser humano cuerdo cambiaría sus valores superiores por otros inferiores, por más placeres que fueran¹⁰⁴. Como dice María Alejandra Carrasco: “John Stuart Mill distingue calidades (inconmensurables) de placeres, y pretende hacer un cálculo. Allí es donde falla su método pues no encuentra un denominador común legítimo para homogeneizar los placeres y poder sumarlos y restarlos”¹⁰⁵.

Muchos consecuencialistas y casi todos los economistas here-



daron de Mill la introducción de valores no hedónicos dentro de las preferencias o fines que forman parte de la felicidad. Pero no advirtieron la refutación del *test* de mensurabilidad de Mill, presente en el mismo Mill cuando señala la heterogeneidad de unos valores y otros y pretendieron la maximización de fines.

Sin embargo, uno se podría plantear que para completar la acción es necesaria cierta integración o fusión de racionalidades. Si no pasamos a la racionalidad instrumental tampoco se ejecuta la acción. ¿Cuál es el modo adecuado de realizar esta integración?

2.5. Integración de racionalidades y prioridad de la razón práctica

Aristóteles otorga prioridad a la dimensión práctica, pues el fin no sólo es el objetivo, sino el comienzo, causa de la acción tanto práctica como técnica. La causa eficiente (los medios) no actúan sin el influjo previo de la causa final (los fines): no hay elec-

ción de medios sin fin querido. Cito la *Ética Nicomaquea* intercalando alguna aclaración entre corchetes:

“El principio de la acción - aquello de donde parte el movimiento, no el fin que persigue- es la elección, y el de la elección el deseo y la elección orientada a un fin [la elección es causa eficiente y el fin causa final]. Por eso ni sin entendimiento y reflexión, ni sin disposición moral hay elección [no hay acto humano al margen de la moral]. La reflexión de por sí no pone nada en movimiento, sino la elección orientada a un fin y práctica [sin causa final no actúa la eficiente]; ésta, en efecto, gobierna incluso al entendimiento creador [*poietikês*: técnico], porque todo el que hace [*poiêi*: produce] una cosa, la hace con vistas a algo, y la cosa hecha no es fin absolutamente hablando (si bien es un fin relativo y de algo), sino la acción misma, porque es el hacer bien [*eupraxía*] las cosas lo que es fin, y eso es el objeto del deseo”¹⁰⁶.



Para el griego, el *Logos* (entendido como eidético, como pensamiento, no calculativo), la *physis* (naturaleza, realidad), la *praxis* (obrar) y la *techné* (hacer, técnica) estaban perfectamente coordinados, entrelazados, por su orientación al *telos*. El *telos* es fin pero está al principio. Cuando el pensar se escinde de la naturaleza, se autoimpone otros *telos* (si es que se pueden seguir llamando así) y se pierde el orden: el *logos* se vuelve exclusivamente calculativo y reduce todo a cálculo, al que se somete a la *physis* (la naturaleza tanto física como humana). La *praxis*, la actividad del *logos* que podría haber orientado al *telos* de la *physis*, desaparece¹⁰⁷. De hombres pasamos a ser máquinas e imponemos un orden arbitrario a la naturaleza¹⁰⁸. Como bien señala Agazzi, “una actividad técnica que ignorara esta dimensión [la práctica] y que por tanto restringiese el horizonte propio al de la pura eficacia, olvidando el horizonte del *deber*, se transformaría automáticamente en una *actividad subhumana*”¹⁰⁹.

Recapitulemos un poco. Sin fines no hay acción. Los fines son del agente (y por tanto, intrínsecos), aunque el objeto del fin sea habitualmente externo (para la filosofía aristotélica está claro que el fin último no es uno mismo). Por eso, todo acto humano es ante todo práctico¹¹⁰. Una consideración de cualquier tipo de acción que se limite al modo de adecuar medios a fines es puramente analítica, no mueve a la acción. El comienzo de la acción se da una vez justificado y determinado el fin. Es entonces cuando comienzan a ponerse medios para alcanzar ese fin.

Una postura agnóstica respecto a los fines conduce entonces a una reducción de la teoría de la acción a sus aspectos técnicos. Pero esta operación implica la anulación misma de la acción (lo que es por cierto imposible), pues no hay eficiencia sin fin. Es analíticamente posible como estudio teórico de una acción pasada o supuesta. Pero es sólo una parte, secundaria e instrumental, de una



teoría de la acción que pretenda tener algún influjo real. Como hay que actuar, el hombre agnóstico que no puede razonar sobre el fin, simplemente lo determina con alguna otra potencia y reduce la razón a un rol mediático¹¹. Veremos en el próximo apartado cómo sucede esto en varios autores modernos que influyeron mucho en la economía.

2.6. La reducción moderna de la racionalidad a racionalidad técnica

Esta reducción se ha operado con frecuencia en la filosofía moderna. Un hito bien conocido de la confusión de las dimensiones racionales de la acción humana y de su devaluación mediante la colonización de la dimensión práctica por parte de la técnica es el pensamiento de David Hume (1711-1770). Es célebre su afirmación de que la razón es esclava de las pasiones. La razón no puede concebir idea alguna, y la virtud y el vicio son objetos del sentimiento (*feeling*) no de la razón. La

razón no puede producir nunca, dice Hume, acción alguna. Es decir, su escepticismo respecto a la razón es acorde con su agnosticismo. Es la pasión la que mueve a actuar. Por tanto: “La razón es y sólo debe ser la esclava de las pasiones, y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas”¹². La pasión determina los fines y la actividad racional consiste en acomodar medios a esos fines dados, es decir, la razón es sólo racionalidad instrumental.

Hume no aparece de la nada. La tradición inglesa registra antecedentes claros en este sentido. Mencionaré a dos. Thomas Hobbes (1588-1679) considera que la voluntad sigue a las pasiones y éstas a la imaginación. La razón tiene un cometido discursivo cuasi-mecánico, hilar palabras (que es lo único universal que hay): “En resumen, en todo asunto en que haya lugar para la suma o la resta también lo hay para la razón; y donde no tienen lugar, la



razón no tiene nada que hacer en absoluto”¹¹³.

La razón no es innata, como los sentidos o la memoria, sino fruto de la experiencia y el trabajo. La ciencia es sólo conocimiento de las consecuencias¹¹⁴. El conocimiento de los hechos es propio de los sentidos y la memoria. En resumen, no hay más lugar para la razón que su uso discursivo.

Igual de claro es Francis Hutcheson, antecesor más cercano a Hume, a pesar de su oposición a él en algunos temas morales. Para Hutcheson, los fines de nuestros actos nacen de una serie de inclinaciones. La razón sólo interviene luego. Es la “sagacidad” para seguir un fin¹¹⁵. Dice:

“Todo aquello que es deseable, en última instancia, o bien es propuesto por algún sentido inmediato, o por algún instinto o impulso natural, anterior a todo razonamiento. Es tarea de la razón hallar los medios para obtener lo que deseamos (...) Esta facultad (el intelecto) juzga acerca de los medios o fines subordina-

dos: pero acerca de los fines últimos no hay razonamiento, pues ninguna opinión o juicio puede mover a la acción, allí donde no hay un deseo anterior de algún fin”¹¹⁶.

En Adam Smith, finalmente, la razón interviene también en la inducción de las reglas morales, pero el contenido del bien o el mal se conocen por un sentimiento moral. Dice Smith:

“La razón sólo puede mostrar que este objeto es el medio para obtener algo que es naturalmente placentero o desagradable”, pero “si la virtud, pues, es deseable por sí misma, y si, del mismo modo, el vicio es objeto de aversión, no puede ser la razón la que originalmente distinga esas diferentes cualidades, sino el sentido inmediato y el sentimiento”¹¹⁷.

2.7. Corolario: consecuencias para las ciencias sociales de la reducción moderna

El pensamiento científico contemporáneo está impregnado del pensamiento de estos grandes



filósofos. Más concretamente, las ciencias sociales contemporáneas han heredado como esquema básico inconsciente su visión estructural de la racionalidad práctica y la acción humana, un esquema medios-fines instrumental. Vuelvo a recordar que esta limitación es absolutamente coherente con el agnosticismo (la posibilidad de una indagación y ordenamiento racional) -humeano y kantiano- acerca de los fines. Llano lo muestra en el caso de la sociología a través de Max Weber, Alfred Schutz y Talcott Parsons¹¹⁸. Como dice muy bien el sociólogo francés Raymond Boudon:

“De modo general, la ecuación que asimila racionalidad con racionalidad instrumental es tan influyente que la inmensa literatura sobre la racionalidad producida por las ciencias sociales trata casi exclusivamente de la racionalidad *instrumental*. Dicho de otro modo, las ciencias sociales tienden a admitir que la noción de racionalidad se aplica esencialmente a la adecuación entre

medios y fines, acciones y objetivos o entre acciones y preferencias. A todo lo más que se contentan es a reconocer que la racionalidad puede tomar también la forma de exigencia de coherencia o transitividad de los objetivos o de las preferencias. Pero se niegan a aplicar la categoría de racionalidad a los contenidos de las preferencias y objetivos”¹¹⁹.

La finalidad queda reducida a la intención del agente. Así la causa final queda reducida a causa eficiente. Como leímos en Aristóteles la elección es causa eficiente. Cuando el sujeto es dueño y señor de sus fines no admite otra causa final que la que él mismo pone sin advertir que ésta es en realidad causa eficiente. Se queda entonces sin fines, y sin ellos, sin verdadera acción libre. La acción pasa a ser una irracionalidad internamente coherente: irracionalidad, porque no hay razón práctica que conozca los fines, entonces actúa orientada arbitrariamente por fines no racionales; coherente, porque



aplica la racionalidad técnica a la obtención de esos fines irracionales. A toda la racionalidad no le queda más remedio que reducirse a la instrumentalidad. Los medios toman el lugar de los fines. Así se cae en una especie de activismo exacerbado, pues es una acción sin fines.

De hecho, esto puede ser así sólo analíticamente pues el *factum* de la acción nos habla de que hay fines. La gente razona -bastante- acerca de éstos. Pero, después del paso de autores como los anteriores, ya no lo hace como quien los descubre, siguiendo a la naturaleza, sino como quien los pone. Últimamente se suele caracterizar a la visión aristotélica de la relación entre razón práctica y fines como “reconocedora” (*recognitio-nal*) y a la humeana y kantiana como “constructivista”¹²⁰. Los dos términos son bien elocuentes. Estamos frente a un *re-conocer*, actividad inmanente, en el primer caso, y frente a un *construir*, transi-tiva o técnica, en el segundo. Es un *logos* subjetivo que no mira al

telos -que ya no existe- sino al objeto que pone, analiza, contro-la. Se rompe la antigua unidad¹²¹.

Si todo el papel de la racionalidad es instrumental, resulta lógico que cuando Max Weber propone cuatro formas de racionalidad, una sola de las cuales es la instrumental -racionalidad de acuerdo a fines-, Ludwig von Mises reaccione afirmando que es un error, y que las otras tres formas de racionalidad -de acuerdo a valores, afectiva y tradicional- son reducibles a la instrumental¹²². Como dice Milan Zafirovski,

“una forma particular de racionalidad, *videlicet* instrumental, utilitaria, egotista o hedonista es fundida con el comportamiento racional como un todo”. “El procedimiento de disolución comete la que puede denominarse falacia de abstracción o generalidad inapropiada, porque iguala ilegítimamente la particularidad de un componente, la racionalidad instrumental, con la universalidad del todo, el comportamiento racional¹²³”.



La tradición moderna impacta en la economía que se limita a considerar el aspecto técnico de la acción económica o a reducir otros aspectos al técnico. La razón sólo se aplica a los medios. Sobre los valores, lo único que los hombres pueden hacer, al decir de Friedman, es pelar¹²⁴. La tarea pendiente, para las ciencias sociales, también para la economía, es, como reza el título del trabajo citado de Agazzi, reconducir la racionalidad técnica a su horizonte propio, el de la razón práctica. En este horizonte, la cuestión medios-fines es secundaria. Como bien ve Hannah Arendt, el *homo oeconomicus* es más “actuante” que productor y el intercambio pertenece más al campo de la acción que al instrumental¹²⁵. Esta es la orientación, aunque con otro origen, de Amartya Sen. No podría ser de otro modo, vistas las descripciones de Wiggins e Irwin.

El tema tiene su gravedad. Son muy pocos los que intuyen que hay algo extraño detrás de la

matrix de la acción humana que impregna la ciencia social actual: su reducción a instrumentalidad. Y los que lo intuyen no llegan a ver el camino. Cuando piensan que la solución está en una cierta integración interdisciplinar la conciben como mera agregación, muchas veces subsumida en la lógica instrumental. Como dice Llano:

“Si la elaboración de una *teoría general de la acción* constituye hoy una tarea ineludible -especialmente en el terreno de la tecnología, de la política, de la economía y de las profesiones liberales- la respuesta a este desafío no debe basarse en la inacabable y problemática faena de acopiar materiales de las diferentes ciencias humanas y tratar de yuxtaponerlos pragmáticamente (...) De lo que se trata es de ordenar ese abigarrado panorama de la acción desde la perspectiva radical de lo que es en sí mismo bueno o malo -mejor o peor- para la persona humana, de acuerdo con su naturaleza libre. Tal es, a mi juicio, el



modo de avanzar ahora mismo *hacia una teoría general de la acción* que merezca tal nombre”¹²⁶.

La verdadera interdisciplinariedad es la obtenida a la luz de una mirada filosófica integradora. En efecto, como decía Sergei Bulgakov a principios del siglo pasado, “la ciencia social tiene una innegable necesidad de establecer una unión fructífera con la filosofía, para que esta última le ayude a salir del estado de creciente descomposición en que se encuentra”¹²⁷.

3. Economía y racionalidades

Si la economía tiene relación con los fines y los medios, los actos económicos en sentido propio y amplio responden a ambos tipos de racionalidades, teórica y práctica, y también a ambos tipos de racionalidades prácticas. En cuanto a lo que ya pasó, la economía mira cómo fue que pasó, y en este sentido es una racionalidad teórica (y, según lo explicado antes, técnica). También en vista a lo que pasó es práctica cuando

se pregunta qué fines se buscaron, cómo debería haber sido, etc. En vistas al futuro, es siempre práctica en sus dos dimensiones, técnica y práctica práctica: no sólo me fijo cómo hacer para que los recursos satisfagan mis necesidades (racionalidad técnica), sino que también elijo esas necesidades y busco que el acto sea coherente con mis creencias, valores, fines en la vida, en ese acto concreto, fines que, a su vez, influyen en el modo de realizar el acto (racionalidad práctica). Más aún, no habría acto si no tuviera esos fines.

El principio económico -sacar el mayor provecho posible a los recursos- es un tipo de racionalidad técnica en el que se optimiza el uso de los medios para alcanzar un fin exterior. Éste, dije más arriba, define a lo económico en su sentido estricto. Sería la *racionalidad económica estricta*. Así lo consideró la ciencia económica: es la teoría económica actual. Pero ésta se queda corta, pues la realidad económica, aunque “estricta-



LAS RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA

Ricardo F. Crespo

mente" sea así, muchas veces no obedece a esta racionalidad económica. En efecto, hay, como expliqué en la primera sección de este trabajo, muchos actos económicos que son irracionales desde el punto de vista de la racionalidad económica estricta, pues se han realizado por costumbre, prestigio, razones emotivas, afectivas, azar, capricho, etc.¹²⁸. Son motivos que remiten o son fines por los que esta *racionalidad económica amplia* es racionalidad práctica (e incluye la técnica).

Un grupo de economistas podrá sostener que todos estos motivos pueden estar contenidos de alguna manera en las preferencias, de modo que el acto ha sido finalmente económico. Compró más caro -a pesar de que así mi dinero rinda menos- porque me gusta o porque me da prestigio o porque estoy acostumbrado a comprar esto y no quiero complicarme la vida con otras opciones. Esos economistas dirán que todos estos argumentos son preferencias que se satisfacen por

esa decisión racional. Hasta pueden parecer muy humanos por no guiarse por la racionalidad estrictamente monetaria.

Pero precisamente este argumento muestra cuánto pierde la economía al ser sólo técnica. El economista que razona está insistiendo en ceñir su labor al acomodo de medios-fines sin querer juzgar sobre los últimos. Sin embargo, el aporte más interesante del economista sería mostrar que esos fines no son racionales -si no lo son en el marco de la racionalidad práctica- y prescribir una conducta distinta¹²⁹. La racionalidad económica amplia, práctica, bien puede asumir la racionalidad económica estricta. En efecto, muchas veces el mandato moral es ser eficaces, y adoptar la medida monetaria de esa eficacia. No es bueno que la gente decida irracionalmente (desde el punto de vista de la racionalidad económica estricta), porque tiene un capricho, no tiene visión, se dejó engañar por el envoltorio, o lo que fuera. Si esto no interesa a la



economía y a los economistas, ¿a quiénes les va a interesar? y ¿para qué sirve la economía? Otras veces, la pura racionalidad económica estricta deberá ser rectificadada para poder encajar en la constelación de fines prácticos. Por eso, si la economía quiere decir algo interesante debe ocuparse de los fines. Para la parte técnica, como ya adelantamos, basta con un buen ordenador, que muchas veces lo hará mejor, más rápido y con menores costes. Los economistas deberían pensar, precisamente, si no les conviene ir haciendo notar esta tarea práctica, pues con el avance de los ordenadores serán desplazados de las técnicas y se quedarán sin trabajo¹³⁰.

Una consecuencia de la concepción de la economía limitada al ajuste medios-fines es que tiende a ver al hombre siempre como auto-interesado o *self-regarding*. En efecto, por más que el fin sea altruista, pasa a formar parte de las propias preferencias, de modo que aquí, o bien se produce

una cierta inconsistencia o estamos frente a una concepción pobre de la orientación hacia los otros. Todo, aún el altruismo, pasa por el filtro del bienestar propio: soy altruista porque eso me causa una satisfacción. Esto significa poner el carro delante de los caballos. El orden real es que la necesidad del otro me mueve a ayudarlo y esa ayuda me produce finalmente una satisfacción (que es accidental)¹³¹. Esto se entiende muy bien cuando hemos visto el esquema utilitarista: la satisfacción (a través de este uso impropio del término -recuérdese lo que se dijo acerca de la racionalidad e interés-) viene a ser como el medio para hacer conmensurable lo inconmensurable. El economista que sólo se ocupa de la adecuación de medios a fines es indiferente acerca de si los fines son egoístas o generosos. Esto es muy poco realista pues estas diversas actitudes tienen importantes consecuencias para las mismas acciones económicas. Dice David Schmidtz:



LAS RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA

Ricardo F. Crespo

“Mientras que el *Homo oeconomicus* delibera sólo acerca de los medios alternativos para alcanzar los fines estipulados, nosotros también deliberamos acerca de los mismos fines. A veces nos preguntamos si vale la pena un fin como la maximización del beneficio. Sin duda, tenemos fines auto-referenciales, pero no se nos dan del mismo modo que al *Homo oeconomicus*. Por el contrario, nos vamos formando a nosotros mismos y a nuestros fines en tanto actuamos. Somos al mismo tiempo resultados y generadores de nuestras decisiones. Debemos admitir que el *Homo oeconomicus* es un modelo útil en las ciencias sociales. Pero nosotros no somos *Homo economicus*, y lo que es bueno para nosotros no es lo mismo que sería bueno para el *Homo oeconomicus*. Por eso, el *Homo oeconomicus* es un modelo pobre de elección racional, aún cuando importe únicamente el auto-interés, ya que aún en ese caso hay una diferencia crucial entre el *Homo oeconomicus* y seres como nosotros. La diferencia es esta:

nos preocupamos por nuestras metas de un modo que no lo hace el *Homo oeconomicus*. El *Homo oeconomicus* no tiene que trabajar para mantener la actitud de que vale la pena vivir por sus metas; nosotros, sí”¹³².

La afirmación del carácter cambiante y mutuamente implicante de fines y acciones recuerda el comentario de Buchanan acerca de que los hombres pueden elegir cursos de acción que aparecen en el mismo proceso de elección¹³³. También evoca una afirmación de Daniel Fusfeld: “una teoría general de la acción debería incluir la proposición de que las elecciones se realizan en tiempo real, envuelven un proceso de aprendizaje y deben ocuparse de un futuro incierto”¹³⁴.

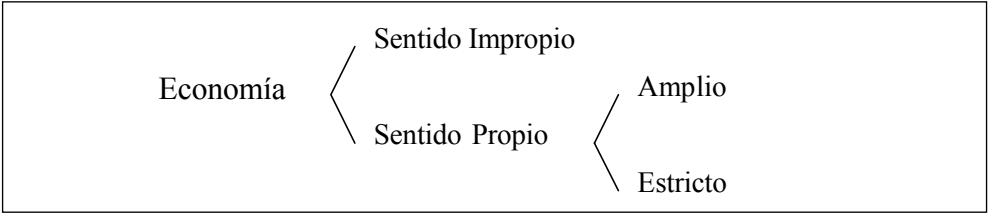
Esto nos abre a otra consecuencia paradójica de la economía que prescinde de los fines: también lo hace de la libertad. Una racionalidad puramente técnica, es un camino obligado, unívoco y predeterminado, por tanto, no libre¹³⁵. ¿Dónde estaría enton-



ces la libertad en la economía? En aquello, paradójicamente, de lo que no se ocupa: los fines (que no son fines sino preferencias -y por tanto, tampoco libres, sino dados-). Una vez dados los fines los comportamientos no son humanos sino de ratas, como señala Buchanan. Y agrega: “una vez especificadas formalmente las funciones de utilidad individual, los individuos cuya conducta es representada por éstas no pueden elegir de modo diferente. La elección, como tal, no subsiste en esa formulación”¹³⁶.

Hemos llegado entonces a una economía sin tiempo, sin elección y sin libertad. Era lo lógico si se pretendía exactitud en el campo de la acción humana. Como esta economía no tiene ningún sentido práctico, es relevante tratar de abrirse a otras concepciones.

A estas alturas, para terminar de aclarar y establecer el marco conceptual sería conveniente relacionar las nociones presentadas de economía con las de racionalidad.



Cuadro I

En el cuadro I aparece la división de la economía entre

1. economía en sentido impropio: el carácter económico antropológico: lo humano en cuanto sigue el principio económico. Es

una confusión pensar que esto es económico en sentido propio.

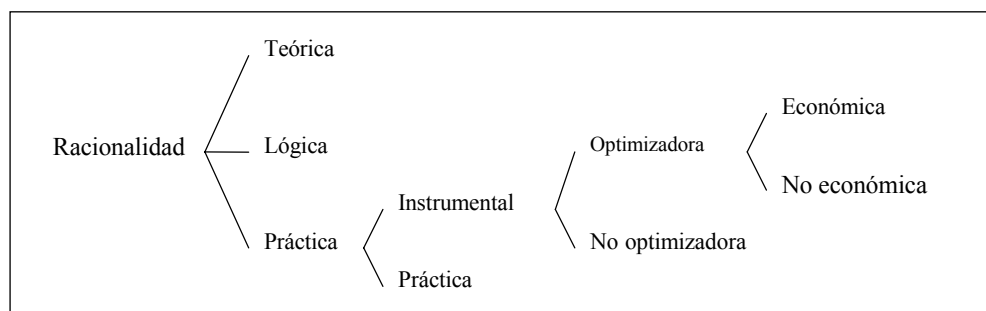
2. economía en sentido propio:

2.1. en sentido propio amplio: todo el material económico: el objeto material de la ciencia económica, sin importar su objeto



formal. Las decisiones y acciones relativas a los recursos para satisfacer necesidades y las determinaciones de esas necesidades.

2.2. en sentido propio estricto:
el principio económico aplicado al material económico.



Cuadro II

En el cuadro II se presenta la división de la racionalidad, según lo explicado en la sección correspondiente. Sólo quiero aclarar que la racionalidad instrumental puede ser optimizadora (tiene en cuenta la escasez) o no (no la tiene en cuenta) y que la optimizadora es económica cuando se aplica al material económico, y no lo es cuando el material es otro (el tiempo, las aulas).

Quizás el cuadro III sea el más interesante. De la intersección de los conjuntos “racionalidad instrumental”, “racionalidad prácti-

ca” y “material económico” surgen las siguientes áreas:

1. racionalidad instrumental optimizadora aplicada a realidades no económicas: la economía en sentido impropio.

2. racionalidad instrumental optimizadora aplicada a realidades económicas: la economía en sentido propio estricto (la llamaré “teoría económica”).

3. racionalidad instrumental no optimizadora aplicada a realidades económicas: parte de la economía en sentido propio amplio.

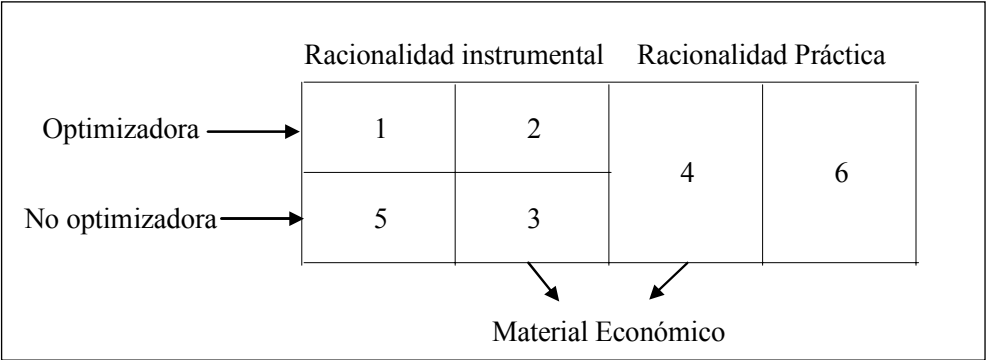


4. racionalidad práctica aplicada a realidades económicas: parte de la economía en sentido propio amplio.

5. racionalidad instrumental no optimizadora aplicada a realidades no económicas: la técnica.

6. racionalidad práctica aplicada a realidades no económicas: la ética, política, etc..

Llega el momento de cristalizar todo lo anterior en unas nociones de ciencia económica.



Cuadro III

4. La ciencia económica

Una vez planteado qué es la economía, cuáles son las formas de racionalidad y cuáles son las formas de racionalidad propias de la economía, llega el momento de definir el encuadre epistemológico de la ciencia económica.

Mi propuesta es distinguir dos disciplinas:

1. la racionalidad instrumental optimizadora aplicada a realidades económicas da origen a la economía en sentido propio estricto, y propongo llamarle “teoría económica”. Es “teoría” en el sentido de que hay una similitud entre la teoría y la técnica del acto de este género ya realizado: ambas contemplan una realidad. También es teoría en el sentido



moderno de que supone la postulación de términos, conceptos u objetos teóricos (equilibrio, optimización, etc.). No soy realista científico en este ámbito: es decir, considero que no tenemos por qué creer en esos conceptos u objetos teóricos inobservables. Pienso que son conceptos heurísticos, al estilo de los tipos ideales de Weber.

El alcance de esta teoría es bien limitado. Es muy difícil que obtenga una explicación adecuada de los hechos económicos pues, como vimos, éstos responden a motivaciones de lo más variadas, algunas de las cuales no son tenidas en cuenta; por eso, la explicación de la teoría económica es bien burda: es una especie de “atajo” que puede no tener mayor sentido. Además, las variables -motivaciones- desconocidas o no consideradas que actuaron una vez pueden no actuar la siguiente. Por eso no tiene mayor capacidad predictiva. O ésta depende de que no haya “sorpresas”. Pero sin sorpresas, ¿qué

mérito tiene la predicción? Puede tener, en cambio, un fin prescriptivo, en la medida en que convenga atenerse a las motivaciones económicas y dejar de lado las no económicas en unas situaciones concretas¹³⁷.

Es una disciplina “completa” en el sentido de que hay un objeto formal -la racionalidad económica- aplicado a un objeto material -la realidad económica-.

2. Propongo llamar “economía política” a la economía en sentido propio amplio. Esta será una ciencia práctica a la que se subordina la “teoría económica”. Deja espacio a las distintas motivaciones o racionalidades, que quedan subsumidas en la racionalidad práctica: manda el fin. En la medida en que considera los elementos subjetivos de una acción que se va definiendo en su curso mismo, entiendo que la propuesta de Buchanan tiene similitudes con ésta. Para él, estos elementos subjetivos quedan definidos dentro de los límites entre la ciencia



positiva del modelo ortodoxo y la filosofía moral¹³⁸. Dice Buchanan:

“Los aspectos residuales de la acción humana que no son reducibles a reacciones a estímulos similares a las de las ratas, aún en variantes humanas mucho más complejas, definen el dominio de una ciencia humana completamente diferente, mucho más compleja aún, y única - que, por su naturaleza, no puede ser análoga a las ciencias predictivas y positivas del paradigma ortodoxo. Seguramente hay suficiente espacio para que ambas ciencias existan en la categoría más incluyente que llamamos teoría económica”¹³⁹.

Yo prefiero llamar “economía política” a la categoría incluyente, un nombre bien clásico que ha sido rescatado por el mismo Lionel Robbins¹⁴⁰.

Buchanan habla de categorías excluyentes: la racionalidad de la economía subjetiva es diversa de la ortodoxa. En efecto, una es de fines y la otra de medios. La racionalidad práctica tiene una serie

de características que causarían una especie de horror a la incertidumbre en un científico estándar acostumbrado a hacer radicar la cientificidad en una propiedad metodológica que asegure la certeza. Las llamadas ciencias prácticas carecen de exactitud en sus conocimientos: su fin va más allá del puro conocimiento, invadiendo el campo de la acción, y dependen mucho de la experiencia. La racionalidad técnica, por todo esto, es diversa de la práctica, pero esta última, a la inversa, puede considerarla como un elemento propio.

El acto económico tiene una posible forma de realización más eficaz desde un punto de vista técnico -la optimizadora-, aspecto crucial para lo económico estricto -lo que supone una correspondiente normatividad técnica-. Pero lo económico no se agota en la racionalidad técnica sino que también le compete, sobre todo debido a su carácter libre, que tiende a unos fines, una consideración del orden de la racionalidad



dad práctica. Debido a que lo técnico de lo económico no está sólo, tiene necesariamente un fin: su ciencia es prioritariamente práctica, aunque en volumen sea preponderantemente técnica.

Esta disciplina tiene límites vagos, si la consideramos desde el punto de vista de la aplicación de una perspectiva u objeto formal a un determinado material, puesto que, en efecto, son muchas las perspectivas o racionalidades que se considerarían. Es una concepción de la economía, como citamos de Phelps Brown, que la define por el campo, no por la disciplina¹⁴¹. ¿Cuáles son las racionalidades o motivaciones, subsumidas bajo la consideración de los fines, que pueden provocar actos de naturaleza económica? Las cuatro consideradas por Weber. Milan Zafirovski presenta una lista conectada con los desarrollos más recientes¹⁴²:

1. el grupo de los modelos unificados de comportamiento guiado por valores (Weber, Pareto).

2. el grupo de modelos unificados de comportamiento gobernado por reglas (Weber, Hayek, Veblen, Durkheim).

3. Modelos de comportamiento afectivo (Weber, Schumpeter, Keynes).

4. Modelos de comportamiento orientado por el poder.

5. Modelos de comportamiento orientado al prestigio o a la aprobación social (Weber, Veblen).

6. Modelos histórico-institucionales de comportamiento (Durkheim, Weber, Parsons).

Esto nos habla de una ciencia que abarca puntos de vista de varias disciplinas humanas: la "teoría económica", la sociología, la historia, la antropología cultural, la filosofía política y social, la ética, la política. Resulta claro que el principio unificador es la referencia a los fines de las acciones, en este caso, de tipo económico (relativas al uso de recursos intercambiables para la satisfacción de necesidades). Esas disciplinas son ciencias prácticas en el



sentido clásico. No se debe olvidar que para Aristóteles, entre éstas, la más “arquitectónica” es la política que, en su más genuino sentido clásico, es ética. Dice en la *Ética Nicomaquea*:

“Si existe algún fin de nuestros actos que queramos por él mismo y los demás por él (...) es evidente que este fin será lo bueno y lo mejor (...) Si es así, hemos de intentar comprender de un modo general cuál es y a cuál de las ciencias o facultades pertenece. Parecería que ha de ser el de la más principal y eminentemente directiva [*architektonikes*]. Tal es manifiestamente la política (...) [L]as facultades más estimadas le están subordinadas, como la estrategia, la economía, la retórica. Y puesto que la política se sirve de las demás ciencias prácticas y legisla además qué se debe hacer y de qué cosas hay que apartarse, el fin de ella comprenderá el de las demás ciencias, de modo que constituirá el bien del hombre” (I, 2, 1094a 18 a 1094b 7).

De algún modo, entonces la economía política, aunque conserva su distinción, está subsumida en la política, pues su fin lo está. Pero, claramente, ésa no es la política actual. Este es un buen argumento, también, para conservar este nombre clásico.

El esquema de la ciencia práctica posibilita la introducción de la libertad y la moralidad en la economía. Son dos aspectos de la realidad de la misma libertad de la acción humana que apuntan el primero, la libertad misma, a la tarea explicativa y el segundo, la consiguiente moralidad, a la ética y normativa.

5. Conclusión

Al terminar esta primera sección del trabajo nos podríamos preguntar para qué tanta argumentación. El asunto parece sencillo. La economía se ocupaba sólo de medios para determinar cómo combinarlos más provechosamente y así alcanzar el mayor beneficio posible: invierto en las acciones que van a rendir más,



compro lo barato, vendo lo caro, compro las cosas que necesito buscando los mejores precios para igual calidad de modo que me quede dinero para comprar otras cosas... Cuando se comienza a ocupar de fines, surge el problema de la inconmensurabilidad. No basta con alcanzar el crecimiento económico medido en crecimiento del PBI, sino que además debemos procurar los medios para que la gente tenga participación democrática, amigos, cultura, bienes difíciles de medir, que tienen un coste, pero que no es homogéneo. Un monto de dinero aplicado en puentes no da lo mismo que el mismo monto aplicado en libros. El análisis

ahora ha de ser más detenido y la determinación de cuánto aplico a cada cosa ya no se puede basar en una relación entre precios y utilidades. El mercado va a ser necesariamente sólo un medio de asignación y por tanto los precios de mercado no van a ser el único criterio. Aparecen más "bienes públicos" cuyos precios no responden al criterio de mercado. Un filósofo no se va a escandalizar de esto. Pero un economista quizás sí. Es necesario mostrarle que no toda racionalidad es maximizadora y que el ámbito de la maximización es bien estrecho. Por eso, necesitamos otro modo de pensar en economía.



SEGUNDA PARTE

En esta sección del trabajo pretendo pasar revista a diversas visiones de la racionalidad en la economía. La visita a la teoría de la elección racional será rápida, pues ya he hablado extensamente de la racionalidad instrumental y aquella no es más que un tipo de ésta. Me parece más interesante detenerme en otras concepciones recientes de la racionalidad económica, que podrían abrirse, al menos parcialmente, a la racionalidad práctica. Aclaro que esta revisión no será de ningún modo exhaustiva.

1. Teoría de la elección racional

La literatura expositiva y crítica sobre esta visión es inabarcable. Trataré de hacer una síntesis de lo más relevante. Los economistas han ido haciendo un esfuerzo por desnudar la teoría de la racionalidad de todo contenido: primero se libraron del hedonismo, a través de las mediciones ordinales;

después trataron de hacerlo del subjetivismo, mediante las preferencias reveladas. Así se quedaron con una definición de racionalidad como la elección de medios que respete el orden completo y transitivo de las preferencias. Como las preferencias se revelan mediante las elecciones, todo acto económico resulta racional y la teoría tautológica. El esquema es una adecuación racional o consistente infalible de medios a fines. Es infalible porque el proceso es circular: desconocidos de antemano los fines, son las acciones relativas a los medios las que nos los indican. Es decir, ¿cuáles son los fines? Son aquellos a los que nos llevan las elecciones relativas a los medios. Obviamente esto no agrega nada que no se conociera desde antes. Es igual de general y de exacto que de inútil. A lo más, su utilidad es la de la lógica deductiva. Daría la poco realista impresión de que



uno nunca se puede equivocar ni pecar. La equivocación sería el coste de una información que sólo causaría desutilidad, y el pecado, una nueva preferencia.

Amartya Sen explica que se ha usado esta expresión -elección racional- con tres interpretaciones distintas: 1. consistencia interna para la elección, 2. maximización auto-interesada y 3. maximización en general. Las caracteriza cuidadosamente y muestra las limitaciones de todas ellas¹⁴³.

Raymond Boudon caracteriza la teoría de la elección racional con los siguientes postulados: 1. Individualismo; 2. Comprensión (abarca toda acción humana); 3. Racionalidad (hay razones para las acciones); 4. Consecuencialismo (las razones se refieren a las consecuencias de las acciones); 5. Egoísmo (el individuo se interesa por las consecuencias que le importan, incluido, si es el caso, el altruismo); 6. Maximización¹⁴⁴. A continuación, explica las diversas teorías de la racionalidad

emparentadas con la teoría de la elección racional “básica” mediante el recorte, agregados o modulaciones de estos postulados. Una interesante aclaración de Boudon es que la teoría de la elección racional es un subconjunto de la racionalidad instrumental, que no comparte necesariamente el postulado 6.

Esta teoría tiene varias formas: entre otras, la teoría de la racionalidad individual “básica”, la racionalidad subjetiva bayesiana (que prevé la existencia de un conjunto definido de probabilidades subjetivas para que el individuo decida racionalmente en situaciones de riesgo), la teoría de la racionalidad colectiva y elección social, y la teoría de juegos¹⁴⁵. Debemos agregarle la teoría de la racionalidad limitada (*Bounded rationality*) que es la teoría de la racionalidad dentro de parámetros definidos, debido al carácter costoso de la información (se cambia el postulado 6 de maximización por el de satisfacción)¹⁴⁶. Todas ellas siguen el esquema de la racionalidad



medios-fines dados (racionalidad instrumental). Se produce una reducción de toda racionalidad a racionalidad instrumental y de esta última a racionalidad instrumental optimizadora en la mayor parte de los casos. Por eso la lógica económica se convierte en aplicable a todas las acciones humanas. Pero es una lógica que no es útil desde un punto de vista explicativo, por su carácter tautológico e incompleto. Sólo puede tener consecuencias normativas, desastrosas en algunos ámbitos. Como dice Zafirovski,

“Es una falacia fundamental de la teoría moderna de la elección racional subsumir todos esos fines [no sólo económicos] en uno solo (el económico), a través de un razonamiento tortuoso que hace a este último ostensiblemente universal pero teóricamente sin sentido y empíricamente inútil”¹⁴⁷.

Boudon señala los fenómenos que no puede explicar esta teoría -revelados por las paradojas del voto, de Allais, y el juego del ulti-

mátum, etc.- y remarca que son las creencias no triviales, las creencias prescriptivas no consecuencialistas, las que no responden a una actitud auto-referencial¹⁴⁸.

En suma, la teoría de la elección racional, teoría estándar de la economía actual, cuyos principios quedaron fijados por Leonard Savage hace más de 50 años, es una forma de racionalidad instrumental con todas las falencias que hemos considerado para esta. Veremos si tenemos más suerte con otras visiones más recientes. Las que trataré de rescatar aquí están conectadas a pensadores aislados con una repercusión limitada. Lo haré brevemente, pues son muchas, y la lista no es exhaustiva. Queda para otro trabajo el análisis de las teorías más difundidas, como las evolutivas, las institucionales, las experimentales y las del comportamiento.



2. “Esfuerzo y logro” en Albert Hirschman

El famoso sabio berlinés, también escribió sobre estos temas a partir de reflexiones que le suscitó su estancia en París a los diez años de los sucesos del 68. Primero vino su libro *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, y luego un artículo cuya versión más amplia está en la revista *Economics and Philosophy*.

Hirschman advierte la existencia de actividades completamente no instrumentales. Al mismo tiempo que no se rompe la relación usual medios-fines, el esfuerzo constante en el trabajo -que para la empresa siempre va estar en el debe- puede llevar a una mayor satisfacción en el individuo. La misma actividad provoca efectos diversos según desde donde se considere. Hay algunas de estas actividades no instrumentales que agregan al inconveniente del esfuerzo el de la incertidumbre: ¿cómo va a saber el científico cuándo va a tener éxito en el experimento del laborato-

rio?¹⁴⁹. O, ¿por qué las personas racionales se toman el trabajo de votar? ¿Por qué lo hacemos?

“Supongo que lo hacemos porque desde el punto de vista de la razón instrumental la acción no instrumental está destinada a tener algo de misterio. Pero he propuesto (1982, pp. 8491) una explicación al menos semi-racional: estas actividades no instrumentales cuyo resultado es tan incierto están caracterizadas, extrañamente, por una cierta fusión de (y confusión entre) lucha y consecución [esfuerzo y logro]”¹⁵⁰.

En efecto, el esfuerzo es fin y bajo este aspecto cae la estructura medios-fines aunque se conserve en la acción física. Cuando la economía entiende el modo de funcionar de las acciones no instrumentales puede entender muchos problemas, agrega Hirschman, que de otro modo serían enigmáticos. Termina recomendando:

“La economía, por muy buenas razones, se ha concentrado por



completo en el modo instrumental. Yo ruego aquí por un interés en el modo opuesto, fundado en i) que no es por completo impermeable al razonamiento económico, y ii) que nos ayuda a entender los asuntos que se han encontrado abstrusos, como la acción colectiva y los cambios en la productividad del trabajo¹⁵¹.

3. "Compromiso" y "maximización" en Amartya Sen

Como he señalado, Sen propone la ampliación y especificación de fines, la consideración de su inconmensurabilidad, y las consiguientes limitaciones del mercado. Por otra parte, su concepto de compromiso abre las puertas a un cuarto aspecto del uno mismo (*self*) -los tres anteriores están en el ámbito del auto-interés-, el del auto-examen y razonamiento que introduce motivaciones morales o sociales no auto-interesadas¹⁵².

Sin embargo, sigue abogando por la maximización como forma o estructura común de toda racionalidad. A pesar de criticar unas

páginas antes la maximización auto-interesada, dice luego: "una persona puede acomodar los diferentes tipos de objetivos y valores en el esquema de la maximización"¹⁵³. Para Sen la maximización es una forma de la racionalidad, que sólo está mal si es utilitarista. Pero al postularla sigue siendo utilitarista. Parecería que no cabe razonar de otro modo. Daría la impresión de que actuar racionalmente equivale a maximizar.

Se debe aclarar que Sen relaja las condiciones de la maximización. Para él, ésta no requiere la completitud de las preferencias, requisito que es necesario, en cambio, para la optimización. "La optimización, afirma, es innecesaria para la maximización, que sólo requiere elegir una alternativa que no se juzgue peor que otra"¹⁵⁴. Equivale, señala, al concepto de satisfacción de Herbert Simon¹⁵⁵. Sen basa estas nociones en las definiciones de la célebre *Teoría del valor* de Gerard Debreu¹⁵⁶. Obviamente, la no exigencia de una ordenación completa mejora la



razonabilidad del planteamiento que, sin embargo, sigue siendo equivocado de raíz, pues no se trata de elegir algo mejor, como si la diferencia fuera de grado cuantitativo, cuando lo es de cualidad. Elizabeth Anderson le dice que hay que salir del esquema utilitarista de las preferencias y considerar nociones como identidad, agencia colectiva y razones para actuar¹⁵⁷. Sen le contesta que también esos motivos pueden incorporarse al esquema maximizador¹⁵⁸. Se ve que sigue sin entender. Anderson vuelve a contestarle en un escrito aún no publicado¹⁵⁹.

Finalmente Sen dice que la maximización no es suficiente, pero que es necesaria. Es insuficiente porque hay que examinar los fines y valores mismos antes de buscarlos. Y luego imponerlos como restricciones en el proceso maximizador¹⁶⁰. Es decir, se ve en él una tensión entre una búsqueda de la racionalidad práctica y el poder de la racionalidad instru-

mental que la termina dominando.

4. La "Expressive Rationality" de Shaun Hargreaves Heap

Shaun Hargreaves Heap utiliza los conceptos de racionalidad expresiva y de acción reflexiva, puesto que considera que la concepción instrumental de la acción racional, cuya raíz intelectual está en Hume, no comprende algunos tipos de acciones¹⁶¹. Una acción es expresivamente racional cuando apoya o expresa un sentido de auto-mercedimiento debido a su conformidad con las normas compartidas por el grupo de pertenencia. Es decir, se trata de una racionalidad que incluye valores y presión institucional como motivaciones para la acción. La acción es reflexiva porque el hombre tiene esa capacidad y puede introducir cambios. Este carácter implica que la acción es dependiente del contexto. Por eso, el deseo de reconocimiento implícito en el deseo de auto-mercedimiento no



puede ponerse como una preferencia más, pues es dinámica y contexto-dependiente. Ninguna de las dos -la racionalidad expresiva envuelta en la motivación de auto-merrecimiento y el resto- se pueden reducir entre sí¹⁶².

La gente no sólo quiere alcanzar logros sino también que su vida tenga un sentido. Quiere que lo que alcanza valga la pena y por eso las ideas compartidas acerca de lo que vale la pena son cruciales. Hay razones “intrínsecas” para la acción. Las razones extrínsecas son instrumentales. Las intrínsecas motivan las acciones expresivas. Estamos frente a un concepto de acción racional basada en normas. Las creencias ya no son esclavas de las pasiones: están antes¹⁶³.

Da la impresión de que en cuanto hemos explicitado el contenido de una preferencia -es decir, de un fin- éste no puede reducirse al resto. Desde el punto de vista de lo que he expuesto en este trabajo, nos hace pensar en la irreductibilidad de la constela-

ción de fines que no pueden maximizarse y homogeneizarse, sino armonizarse u ordenarse respetando sus diferencias. Considero que aunque no sea completa, esta consideración acerca de los contenidos del fin es un avance de esta versión de la racionalidad.

5. La “Constitutive Rationality” de Hamish Stewart

El solo nombre de racionalidad constitutiva para denominar una racionalidad no instrumental nos habla de la similitud entre la propuesta de H. Stewart y la visión clásica de la racionalidad práctica. En efecto, los modos de concretar el fin son partes constitutivas de éste. Stewart no usa el término exactamente en el mismo sentido, pero sí en uno que coincide con el clásico. Hace ver cómo hay ciertas acciones que más que consistir en poner medios para lograr un fin, transforman o constituyen al agente¹⁶⁴. Aunque inicialmente, por ejemplo, uno pueda considerar la elección de carrera como un medio para alcanzar dinero, pres-



tigio, o los fines cualesquiera que se haya propuesto, esta decisión da origen a un cambio de los mismos fines. Las preferencias, que son exógenas en la lógica instrumental, se convierten en endógenas¹⁶⁵.

Esta realidad, señala Stewart, hace que un análisis sólo instrumental sea incompleto e irrelevante (explica con detenimiento la futilidad de la conversión de motivaciones no económicas en preferencias, con el fin de tenerlas en cuenta en un esquema instrumental). Es imposible pensar sólo en términos instrumentales. Es un pensamiento sólo de “ida” (en el sentido medios-fines), que mutila la “vuelta” (fines-medios) y las posteriores numerosas idas y vueltas propias de la acción humana real. Además, cuando se admite una racionalidad no instrumental, resulta una re-descripción que reduce la parte instrumental de la elección racional a favor de una lógica que había quedado fuera de juego previamente.

6. La “Situated Rationality” de Tony Lawson

Esta propuesta del economista inglés ha de analizarse a la luz de su “realismo crítico”, una perspectiva metateórica de aproximación a la economía, abierta a otras ciencias sociales, fundada en el pensamiento de Roy Bhaskar. No puedo exponer aquí estas ideas con extensión. Me atenderé al mínimo encuadre necesario para abordar el concepto de racionalidad propuesto.

Lawson busca averiguar la naturaleza de los fenómenos, trascendiendo la superficie fenomenista humeana. Su visión de la realidad es que es abierta, estructurada, no transitiva. La realidad -estructura- social es pre-existente, aunque no de modo determinista, a la acción intencional individual. La acción humana reproduce o transforma lo social de forma inmotivada, no lo crea. Dice Lawson:

“La estructura social en general no es ni creada ni independiente del actuar humano, sino que es



más bien la condición inmotivada de todas nuestras producciones motivadas, la condición no creada pero recogida y reproducida /transformada para nuestras actividades económico-sociales cotidianas”¹⁶⁶.

La vida social es una red de relaciones internas entre posiciones sociales, tejidas mediante reglas y prácticas. Está en un continuo cambio. Las razones de las acciones, que son sus causas, se apoyan en este tejido. A pesar de todo, hay una naturaleza humana mínima (fundada en la constitución genética y manifestada en algunas necesidades y capacidades generales, como el lenguaje). Por todo lo anterior,

“La concepción de la racionalidad humana emergente [de lo previo] es sobre todo situada. Ciertamente, el resumen previo podría considerarse como el aporte de los elementos para una teoría de la racionalidad situada. No sólo las elecciones de acciones de los individuos están condiciona-

das por las opciones situadas que perciben, sino que también ellos mismos, sus expresiones de necesidades y motivos, el modo en que se configuraron sus capacidades y habilidades, sus valores e intereses, están condicionados por el contexto de su nacimiento y desarrollo”¹⁶⁷.

Obviamente Lawson está trascendiendo la racionalidad económica estricta, pues el criterio de maximización no es el único que rige la vida social. Las expectativas de las diversas posiciones imponen fines de modo extrínseco al individuo. Por otra parte, éstos son cambiantes. Sin embargo, no hay -y probablemente no pueda haber- en Lawson, una explicitación y discurso racional acerca de esos fines desde la ciencia social. Pienso que Lawson estaría de acuerdo, en cambio, en que el individuo debe realizar esta investigación racional para conocer sus fines, la mayor parte de los cuales no están determinados por la naturaleza sino por las relaciones sociales.



7. La "Achievement Rationality" de Elias Khalil

Khalil distingue la racionalidad instrumental de la *achievement rationality* (racionalidad de logro) en que mientras que en la primera se considera que la aptitud para el logro del fin está asegurada, en la segunda, propia del *entrepreneurs-hip*, ésta es incierta. En este caso el fin no es externo a la acción: "la racionalidad de logro es intencional en el sentido de que su fin es puesto internamente a la acción, es decir, cuando uno elige algo por sí mismo"¹⁶⁸.

Hasta aquí parece prometedor, pero Khalil considera la aptitud como un medio. Él asemeja su propuesta a la racionalidad práctica de Aristóteles, a la orientada por valores de Weber y a varias más, pero dice que éstas niegan el esquema de medios-fines para afirmar el carácter no instrumental, cosa que él considera injustificado. Para Khalil hay que distinguir, más bien, dos tipos de racionalidades medios-fines. Hay dos tipos de medios: los que están

dados externamente y la aptitud del agente, incierta, sujeta al cambio. En este último caso el fin está abierto -uno puede o no acabar de escribir un libro- : por eso no se puede aplicar una racionalidad optimizadora sino de logro¹⁶⁹. Hay una cierta valoración de los fines desde la incertidumbre del medio, la aptitud, considerado.

A mi juicio, Khalil atisba algo interesante, que el logro depende de la aptitud y que esta supone un proceso de aprendizaje que la hace cambiante e incierta. La aptitud es una cualidad del hombre y pertenece a su dimensión inmanente, práctica. Pero, a pesar de tener el mérito de reconocer su relevancia, Khalil la "devalúa" al tratarla como un medio, como si fuera un ordenador o un martillo. Da la impresión de que no llega a entender lo que él mismo critica, el porqué del cambio de esquema para lo práctico en Aristóteles (o Weber, etc.).



8. La “Background Rationality” de Mark Peacock

El contractualismo de Hobbes apela a Dios y el de Durkheim a un orden moral, señala Peacock. Él propone buscar el fundamento de la racionalidad económica, sin el cual ésta no funcionaría, en la orientación a las normas sociales. Denomina su propuesta, inspirado en el etnometodólogo Harold Garfinkel y en el filósofo John Searle, *background rationality*: una parte de la racionalidad sin la que la racionalidad instrumental no podría actuar. Es la “moralidad de la normalidad”: lo que se pueda esperar del otro es lo que se espera habitualmente como suelo imprescindible de un acto económico. Explica:

“La acción es racional en este sentido si es *inteligible* para otros individuos y un agente es racional si parece normal a sus pares. La racionalidad económica, en el sentido de elegir los mejores medios para fines dados, es difícilmente concebible en situacio-

nes estratégicas si la *background rationality* está ausente”¹⁷⁰.

Se trata, en fin, de un complemento de la racionalidad económica, que así se fundamenta en una racionalidad de tipo sociológico, institucional. Aunque la propuesta de Peacock supone un avance, desde mi punto de vista no llega a donde debería llegar la economía. Al igual que otros pensadores señalan la importancia de la confianza para el funcionamiento de la sociedad y de la economía, lo que Peacock está mostrando es que hay unos usos y fines fijados extrínsecamente al agente que han de ser respetados. Esto es así porque la racionalidad instrumental, en el ámbito social, supone la reciprocidad de otras personas que no será otorgada si el agente no guarda esos fines. Pero es una racionalidad que no interviene de ningún modo en el conocimiento y ordenamiento de esos fines, sino que también los toma como dados. De algún modo, más que complementaria



es una racionalidad subsidiaria de la racionalidad instrumental.

9. La “Creative Rationality” de Alessandro Vercelli

Vercelli escribe un libro en el que compara a Robert Lucas y John Maynard Keynes, en torno a la cuestión de las fundaciones de la macroeconomía. Propone el nombre de *creative rationality* para designar la posibilidad de que el hombre modifique su entorno para satisfacer sus necesidades. “Una racionalidad dirigida a seleccionar y realizar condiciones adecuadas para la acción”¹⁷¹. A su vez, distingue dos formas de racionalidad creativa, la utópica -la que considera como meta una configuración de equilibrio- y la *designing rationality* -cuando tiene en vista la transición a configuraciones mejores que la actual-¹⁷².

A pesar de que supone una concepción dinámica, no implica más que la suspensión de los supuestos que implican el carácter dado de los factores ambientales.

10. Valoración final de las nuevas visiones de la racionalidad en economía

Mi valoración es que aunque hay atisbos de entender que la red de la racionalidad instrumental es parte de un todo racional-práctico, aún no se plantea de un modo definitivo. Pienso que gran parte de la responsabilidad la tiene la persistencia de un agnosticismo teórico acerca de los fines (agnosticismo teórico, pues en la práctica hay fines, sin fines no hay acción y constatamos que la hay). En efecto, también quienes son reaccionarios en este campo no admiten -al menos de hecho- la posibilidad del conocimiento o aprehensión -en términos aristotélicos- de los fines. La “simple aprehensión” intelectual no tiene prestigio en el campo científico, y esta aprehensión es una intuición. No me refiero a un conocimiento intelectual directo, pero sí teórico: a un ver, a partir de las “pistas” que presentan los datos empíricos, sin necesidad de una inducción completa, de un cálculo



de probabilidades o de un razonamiento deductivo. Yo tengo fe en el conocimiento intelectual. Es la misma fe que tenía Keynes en la intuición o juicio o conocimiento directo, a pesar de su carácter subjetivo, aplicado, en el texto siguiente, a las relaciones de probabilidad: "Por tanto, también en el caso de la probabilidad podemos creer que nuestros juicios pueden penetrar (*penetrare*) en el mundo real, aunque sus credenciales sean subjetivas"¹⁷³.

En cambio, hoy se cree muy poco en esta capacidad. Al no creerse en el conocimiento, parece muy difícil un descubrimiento racional de los fines. Por eso, la raíz de los problemas de la ciencia económica actual es un problema gnoseológico, con implicaciones epistemológicas (y en la raíz, entonces, antropológico). No se va a recuperar la economía sin una recuperación del pensamiento filosófico clásico. Por eso, me parece que el planteamiento más lúcido es el de Hirschman, que tiene una gran preocupación por

los problemas reales, por los contenidos.

11. Conclusión general

Lo económico es una base de la que el hombre no puede prescindir. No es posible la vida del espíritu sin contar con los medios que satisfagan los fines materiales y espirituales del hombre. La determinación de los fines y los medios y el buen uso de estos últimos es una tarea necesaria y esencial. Por eso no podemos prescindir de una buena economía. El corte moderno entre naturaleza y libertad ha conducido a un divorcio entre fines y naturaleza. Ya no es la razón quien conoce los fines de la naturaleza, delibera sobre ellos y luego busca los medios, sino que los fines son puestos por las pasiones, por la voluntad o por los mismos medios. La razón no penetra sobre la composición de los fines, ya que se considera que es un ámbito de privacidad en el que, de todos modos, reina la homogeneidad, que hace innecesaria la



especificación. A la razón sólo le queda la administración de los medios del modo más perfecto posible: la maximización hecha posible por esa homogeneidad. Este esquema se aplica a toda la realidad humana, que así deviene económica. Como es la única racionalidad posible se transforma en normativa; es una ética. Como el hombre no soporta la presión que supone vivir maximizando, cae en el nuevo pecado moderno, la no maximización, la

falta de eficacia. O se reserva ámbitos en la que ésta es legítima: lo privado el fin de semana, los mundos de los afectos y la estética, introduciendo una disociación en su vida.

No es sano que el hombre viva disociado. Debe volver a mirar a la naturaleza, aceptar sus fines, conocerlos y elegirlos, y después poner los medios. La economía debe acompañarlo en este camino.



NOTAS

- ¹ Aristóteles, *De Coelo*, I, 5, 271b 8-10.
- ² Robbins, L. p. 26. Cursiva en el texto original.
- ³ Tomás de Aquino, *In Analyticorum Posteriorum*, I, lect. 1, n. 33.
- ⁴ Fraser, L.M. (1937), p. 21.
- ⁵ Phelps, E.H. (1972), pp. 1-10.
- ⁶ Coase, R. (1978), p. 207.
- ⁷ Polanyi, K. (1994), p. 92.
- ⁸ Polanyi, K. (1994), p. 92.
- ⁹ Drakopoulos, S. (1991), p. 203, señala cómo los enfoques económicos no inspirados en el hedonismo prestan atención a todos los motivos humanos, no sólo la maximización de la utilidad.
- ¹⁰ Lo ve con claridad Ralph W. Souter en su crítica a Robbins de 1933 (p. 383 y ss.).
- ¹¹ Robbins, L. (1951), pp. 60-62.
- ¹² Menger, C. [1883 (1985)], p. 217.
- ¹³ Menger, C. [1883 (1985)], pp. 218-219.
- ¹⁴ Robbins, L. (1951), p. 55.
- ¹⁵ Cuando hablamos de "racionalidad instrumental" estamos en el campo de la clasificación weberiana de los tipos de acción social: instrumental, valorativa, afectiva y tradicional (Weber, M. [1922 (1998)], p. 20). Por tanto, hablar de racionalidad instrumental implica excluir las otras tres.
- ¹⁶ Davis, J. (2003), p. 27.
- ¹⁷ Robbins, L. (1951), pp. 38, 50, 57.
- ¹⁸ Parsons, T. (1934), pp. 513-515.
- ¹⁹ Davis, J. (2003), p. 26.
- ²⁰ Samuelson, P.A. (1948).
- ²¹ Davis, J. (2003), p. 26.
- ²² Davis, J. (2003), cap. 5; Mirowski, P. (2002).
- ²³ Boettke, P.J. (1997), p. 20.
- ²⁴ Boudon, R. y Baurricaud, F. (1982).
- ²⁵ Esto nos hace pensar nuevamente si la economía es sector o zona de la acción o aspecto de ésta. Volvemos a la idea de que estamos en una zona y que su estudio requerirá el concurso de lo que hoy pertenece a varias disciplinas. Más aún, nos plantea la cuestión de la pertinencia de la división entre las ciencias sociales. Si no se integran y no adoptan periódicamente la perspectiva política (que es la ciencia social) incurren en un análisis parcial.
- ²⁶ Buchanan, J. (1987), p. 78.
- ²⁷ Knight, F. (1956), pp. 128-129 y también (1940), p. 25.
- ²⁸ Rescher, N. (1988), p. 115.



- 29 Weber, M. [1922 (1998)], p. 162.
- 30 Véase, por ejemplo, Sen, A. (1996).
- 31 Aristóteles, *Física*, VIII, I, 252a 12. Agradezco esta cita a Miguel Verstraete.
- 32 Nussbaum, M. (2003a), p. 35.
- 33 Las expresiones “valor intrínseco” y “bienes substanciales” son usada muchas veces por ella. Por ejemplo, Nussbaum, M. (2001), pp. 71, 84 y 87.
- 34 Nussbaum, M. (2003b), pp. 415-416.
- 35 Nussbaum, M. (2003a), pp. 40-42.
- 36 Soaje Ramos, G. (1988), p. 111.
- 37 Weber, M. [1922 (1998)], p. 21. La racionalidad con arreglo a fines es homologable a la instrumental o de medios y la con arreglo a valores, a la práctica, al igual que buena parte de la afectiva y la tradicional o habitual.
- 38 Téngase en cuenta que cuando Aristóteles define los hábitos de la razón técnica y práctica, técnica y prudencia respectivamente, dice que el primero es un cierto hábito según una razón verdadera (*Ética Nicomaquea*, VI, 5, 1140a 21) y el segundo un hábito verdadero según una razón (*Ética Nicomaquea*, VI, 5, 1140b 5). En el primer caso la verdad determina al *logos* según el cual se hace la obra y en el segundo, en cambio, al hábito mismo.
- 39 Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I IIae., q. 21, a. 2 ad 2.
- 40 Chiang, A.C. (1987), p. 236, para el ámbito de la economía y Finnis, J. (1983), p. 82, para el de la moral (como estrategia del consecuencialismo).
- 41 Georgescu-Roegen, N. (1954) y Morgenstern, O. (1972). Ramsey, F.P. (1931), pp. 173 y 176 considera la posibilidad de bienes (deseos que son fines) que no son numéricamente mensurables y aditivos. Busca medir el orden de méritos de éstos de otro modo.
- 42 Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, V, 5, 1133a 19 a 1133b 21. La traducción de *chreia* por demanda no es afortunada. Significa más bien necesidad humana, que es relativa. Georgescu-Roegen, N. (1954), p. 511.
- 43 Finnis, J. (1983), p. 81.
- 44 Sen, A. (1973).
- 45 Para el economista éste sería un problema sólo técnico; el problema económico añade la multiplicidad de fines y la escasez de medios.
- 46 Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I IIae., q. 21, a. 2 ad 2.
- 47 Como sostienen, por ejemplo, Leibenstein, H. (1976) y Slote, M. (1989).
- 48 “Verdad obvia y trivial, pero grullada”, según el Diccionario de la RAE.
- 49 Leibenstein, H. (1983), p. 146.
- 50 Dice: “En vez de decir que la irracionalidad juega un papel en la acción, deberíamos acostumbrarnos a decir solamente que hay gente que busca diferentes fines que los míos, y también gente que



emplea medios distintos a los que yo emplearía en su caso”: Mises, L.v. [1933 (1960)], p. 35. También Drakopoulos, S. (1991), pp. 162-163.

⁵¹ Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, VI, 1140a 2-5.

⁵² Agazzi, E. (1992), pp. 25 y 26.

⁵³ Agazzi, E. (1992), pp. 32-33.

⁵⁴ Vigo, A. (1997), p. 29.

⁵⁵ Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I IIae., q. 21, a. 2 ad 2.

⁵⁶ Rhonheimer, M. (2000), p. 112.

⁵⁷ Arendt, H. (1993), p. 229.

⁵⁸ Rhonheimer, M. (2000), p. 111.

⁵⁹ Aristóteles, *Retórica*, I, 5, 1360b 19 y ss.

⁶⁰ García Sánchez, J. (2005), usa el término “armonizar” versus “optimizar”.

⁶¹ Schmidt, D. (1994), pp. 246 y 251.

⁶² Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, III, 3.

⁶³ Wiggins, D. (2002), p. 223.

⁶⁴ Aristóteles, *Política*, 1325b 16-20.

⁶⁵ Sin embargo, es contemplación de algo exterior al sujeto. La felicidad entraña un cierto “descentramiento”, expresión que he tomado de Martínez Barrera, J. (2004).

⁶⁶ MacIntyre, A. (1988), p. 193.

⁶⁷ Vigo, A. (1997), p. 42.

⁶⁸ Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, I, 7, 1097a 31-2 a 1097b 4. Véase Irwin, T.H.

(1991), p. 383. También Slote, M. (1989), p. 71.

⁶⁹ Inciarte, F. (1979), pp. 402-403 y (2001), pp. 118-119.

⁷⁰ Este umbral le puede hacer pensar a un economista en los extremos de las convexas curvas de indiferencia, en que no hay una sustituibilidad perfecta. De allí puede pasar a pensar en aplicar ese esquema a la elección de fines, poniendo a la felicidad en el lugar de la utilidad. Pero esto no es correcto, pues la felicidad no existe en la realidad, los que existen son las actividades que la componen: en este sentido. Rawls, J. (1999), pp. 484-485.

⁷¹ Aristóteles usa el término aprehender: es la prudencia la que delibera y aprehende el fin: *Ética Nicomaquea*, VI, 9, 1142b 32-3.

⁷² Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, VI, 7, 9 y 11

⁷³ Como dice Soaje Ramos, G. (1991), p. 114: “debe tenerse en cuenta que ‘ea quae sunt ad fines’ (=ta pros to telos) no ha de traducirse por ‘medios’ a secas, como ocurre con frecuencia, sino por ‘lo que es para el fin’, expresión que tiene un sentido que no coincide adecuadamente con el de ‘medios’”.

⁷⁴ Wiggins, D. (2002), pp. 220-221.

⁷⁵ Wiggins, D. (2002), p. 220.

⁷⁶ González, A.M. (1998), p. 233.

⁷⁷ Wiggins, D. (2002), p. 225.



- 78 Agradezco a Miguel Verstraete esta observación.
- 79 Irwin, T.H. (1990), pp. 335-336.
- 80 Wiggins, D. (2002), p. 230.
- 81 Irwin, T.H. (1990), pp. 337-8.
- 82 Wiggins, D. (2002), p. 231.
- 83 Wiggins, D. (2002), p. 378.
- 84 Wiggins, D. (2002), p. 233.
- 85 Spaemann, R. (1991), pp. 57-58.
- 86 Rawls, J. (1999), p. 482.
- 87 Llano, A. (2001), p. 72.
- 88 Lo que proviene de los *Elementos* de Euclides.
- 89 Aristóteles, *Categorías*, 6, 5b1.
- 90 Aristóteles, *Categorías*, 8, 10b 25 y ss.
- 91 Aristóteles, *Ética Nicomachea*, I, 6, 1096b 23-4, 32-5. Vuelve sobre la incomparabilidad, por ejemplo, en *Política*, III, 12, 1283a 1ss..
- 92 Brentano, F. [1889 (1927)], p. 54.
- 93 Berlin, I. (1988).
- 94 Irwin, T.H. (1991), Finnis, J. (1983), pp. 86-91, Raz, J. (1986), capítulo 13, Grisez, G.; Boyle, J. y Finnis, J. (1987), pp. 110 y 137, George, R.P. (1993), pp. 88-91, Richardson, H.S. (1997).
- 95 Taylor, C. (1982), p. 135.
- 96 Sen, A. y Williams, B. (1982), pp. 17-19.
- 97 Nussbaum, M. (2003a), p. 34 (habla de *heterogeneity* y *noncommensurability*).
- 98 Wiggins, D. (2002), pp. 374, 384.
- 99 Wiggins, D. (2002), p. 390.
- 100 Mill, J.S. [1863 (1968)], p. 78.
- 101 Mill, J.S. [1863 (1968)], pp. 32 y 80.
- 102 Mill, J.S. [1863 (1968)], p. 29.
- 103 Mill, J.S. [1863 (1968)], pp. 31-32.
- 104 Mill, J.S. [1863 (1968)], p. 32.
- 105 Carrasco, M.A. (1999), p. 357. También pp. 74, 105, 156, 198, 207-211.
- 106 Aristóteles, *Ética Nicomachea*, 1139a 30 a 1139b 4.
- 107 Verstraete, M. (1993).
- 108 Muchas veces se critica la ideología ilustrada, que poniendo a la naturaleza como reo frente al juez, provoca el problema ecológico. Es ese mismo espíritu ilustrado el que está detrás de los intentos de homologar las uniones heterosexuales con las homosexuales, admitir la fecundación artificial, usar anticonceptivos o DIU, etc.
- 109 Agazzi, E. (1992), p. 36.
- 110 Copio lo que me escribe Patricia Saporiti al respecto: "Todo acto humano (...) responde al uso práctico de la razón y comprende, en mayor o menor medida, el uso técnico. Esto es así porque la dimensión técnica consiste en la correcta asignación de medios a fines y la práctica en el descubrimiento racional de



esos fines y en la impregnación teleológica de todo el acto" (10-X-05).

¹¹¹ Carrasco, M.A. (1999), p. 169, señala cómo si se le pregunta por la causa final responde con la causa eficiente.

¹¹² Hume, D. [1888 (1968)], p. 415 (II, iii, 3).

¹¹³ Hobbes, T. [1651 (1996)], I, 5, 2, p. 28.

¹¹⁴ Hobbes, T. [1651 (1996)], I, 5, 17 y I, 7, 3, pp. 31 y 43.

¹¹⁵ De *Inquiry*, II, III, XV, citado por Mauri, M. (2005), p. 28.

¹¹⁶ De *A Short Introduction to Moral Philosophy* (1747) y *The System of Moral Philosophy* (1755), citados por González, A.M. (1999), pp. 20-21.

¹¹⁷ Smith, A. (1984), p. 320.

¹¹⁸ Llano, A. (2001), pp. 51-59.

¹¹⁹ Boudon, R. (2004), p. 57.

¹²⁰ Cullity, G. y Gaut, B. (1997), "Introduction".

¹²¹ Verstraete, M. (1993).

¹²² Mises, L.v. [1933 (1960)], p. 82.

¹²³ Zafirovski, M. (2003), pp. 4 y 5.

¹²⁴ Friedman, M. (1953), p. 5.

¹²⁵ Arendt, H. (1993), pp. 209 y 232.

¹²⁶ Llano, A. (2001), pp. 77-78.

¹²⁷ Boulgakov, S. [1912 (1987)], p. 8.

¹²⁸ Como dice Zafirovski, M. (2003), p. 1: "el comportamiento humano puede ser no racional en términos económicos

[estrictos] y sin embargo racional en términos extra-económicos, es decir, económicamente irracionales y no económicamente racionales".

¹²⁹ Como señala Sen, A. (2002), p. 42, el primer y más directo uso de la racionalidad es el normativo. Esto supone concebir la economía con una autonomía bien débil respecto a la filosofía social.

¹³⁰ Un argumento parecido ensayamos hace unos años con el profesor Heinz Grossekkettler, de la Universidad de Münster.

¹³¹ Lo expresa muy bien Zafirovski, M. (2003), p. 8, cuando, al señalar cómo la mayoría de los economistas contemporáneos y los teóricos de la elección racional disuelven todas las acciones, fines y valores sociales a categorías instrumentales, dice: "Este enfoque es ejemplificado por la típica reducción, obrada por la teoría de la elección racional, del altruismo y de la acción racional valorativa a una forma invertida de egoísmo y acción instrumentalmente racional". También se refiere a este punto Amartya Sen en varios de sus trabajos. Explica cómo la "visión estrecha "de la allí llamada "conducta racional" ha incorporado la cooperación y otras motivaciones "sin descartar el axioma de la búsqueda del auto-interés". Continúa: "El programa de reemplazar la amplitud de nuestros valores y prioridades por una racionalidad instrumental concebida complejamente (...) puede ser un desafío intelectual apasionante, pero no debe verse como el núcleo del comportamiento racional si



nuestros valores tienen de hecho la amplitud que este programa trata de excluir". Sen, A. (2002), pp. 24-25.

¹³² Schmidt, D. (1994), p. 251.

¹³³ Buchanan, J. (1987), p. 78.

¹³⁴ Fushfeld, D.R. (1996), p. 313.

¹³⁵ Por ejemplo, Menger, C. [1883 (1985)], Apéndice VI.

¹³⁶ Buchanan, J. (1987), p. 71.

¹³⁷ Este es el fin que encuentra Robert Sugden a la teoría de la elección racional propia de la "teoría económica": Sugden, R. (1991), p. 752.

¹³⁸ Buchanan, J. (1987), p. 68 y 70.

¹³⁹ Buchanan, J. (1987), p. 78.

¹⁴⁰ Para una exposición sobre este tema, Crespo, R.F. (1998).

¹⁴¹ Phelps Brown, E.H. (1972), p. 7.

¹⁴² Zafirovski, M. (2003), pp. 11-13.

¹⁴³ Sen, A. (2002), pp. 19 y ss.

¹⁴⁴ Boudon, R. (2004), pp. 46-47.

¹⁴⁵ Para un buen resumen y descripción, véase Hausman, D. (2003), sección 5. Cudd, A.E. (1993) también hace un excelente resumen para mostrar cómo la teoría de los juegos pertenece también a la racionalidad instrumental de los economistas.

¹⁴⁶ Boudon, R. (2004), p. 56.

¹⁴⁷ Zafirovski, M. (2003), p. 8.

¹⁴⁸ Boudon, R. (2004), pp. 53-56.

¹⁴⁹ Hirschman, A.O. (1985), p. 12: "son acciones como la búsqueda de la verdad, la belleza, la justicia, la libertad, la comunidad, la amistad, el amor, la salvación, etc."

¹⁵⁰ Hirschman, A.O. (1986), p. 714, con la variante respecto al original entre corchetes.

¹⁵¹ Hirschman, A.O. (1985), p. 19 y Hirschman, A.O. (1986), pp. 721-722.

¹⁵² Sen, A. (2002), p. 36.

¹⁵³ Sen, A. (2002), p. 37.

¹⁵⁴ Sen, A. (1997), p. 746 y también p. 763. En este artículo Sen trata sobre la maximización en un problema planteado por Ragnar Frisch en el que Sen mismo considera que está involucrado su concepto de "compromiso" (p. 760, nota 33).

¹⁵⁵ Sen, A. (1997), p. 768.

¹⁵⁶ Debreu, G. [1959 (1973)], p. 10.

¹⁵⁷ Anderson, E. (2001), p. 37.

¹⁵⁸ Sen, A. (2001), p. 57.

¹⁵⁹ Anderson, E. (en prensa).

¹⁶⁰ Sen, A. (2002), pp. 39-41.

¹⁶¹ Hargreaves Heap, S. (2001), p. 42.

¹⁶² Hargreaves Heap, S. (2001), p. 105.

¹⁶³ Hargreaves Heap, S. (2001), pp. 52-55.

¹⁶⁴ Stewart, H. (1995), pp. 63, 68.

¹⁶⁵ Stewart, H. (1995), p. 70.

¹⁶⁶ Lawson, T. (1997), p. 104.

¹⁶⁷ Lawson, T. (1997), pp. 118-119.

¹⁶⁸ Khalil, E.L. (1997), pp. 155-156.

¹⁶⁹ Khalil, E.L. (sin fecha).

¹⁷⁰ Peacock, M. (2003), p. 79.

¹⁷¹ Vercelli, A. (1991), p. 96.

¹⁷² Vercelli, A. (2001), p. 12.

¹⁷³ Keynes, J.M. [1921 (1952)], p. 52.



BIBLIOGRAFÍA

Agazzi, Evandro (1992), "Per una riconduzione della razionalità tecnologica entro l'ambito della razionalità pratica", en Galvan, Sergio (a cura di), *Forme di Razionalità Pratica*, Franco Angeli, Milán, pp. 17-39.

Anderson, Elizabeth (2001), "Symposium on Amartya Sen's Philosophy: 2 Unstrapping the Straitjacket of 'Preference': A Comment on Amartya Sen's Contributions to Philosophy and Economics", *Economics and Philosophy*, nº 17, pp. 21-38.

Anderson, Elizabeth, "Critical Notice: Amartya Sen, *Rationality and Freedom*", *Philosophical Review* (en prensa).

Arendt, Hannah (1993), *La condición humana*,. Paidós, Barcelona.

Aristóteles (1951), *Política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

Aristóteles (1959), *Ética Nicomachea*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

Aristóteles (1999), *Retórica*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

Aristóteles (1988/2005), *Obras Completas*, Gredos, Madrid.

Berlin, Isaiah (1988), *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza, Madrid.

Boettke, Peter J. (1997), "Where Did Economics Go Wrong? Modern Economics As a Flight From Reality", *Critical Review*, vol. 11, nº 1, pp. 11-64.

Boudon, Raymond (2004), "Théorie du choix rationnel, théorie de la rationalité limitée ou individualisme méthodologique: que choisir?", *Journal des Economistes et des Etudes Humaines*, vol. 14, nº 1, pp. 45-62.

Boudon, Raymond y Baurricaud, François (1982), "Économie et sociologie", en *Dictionnaire critique de la sociologie*, PUF, París, pp. 195-202.

Boulgakov, Serge [1912 (1987)], *Philosophie de l'économie*, L'Age d'Homme, Lausanne.

Brentano, Franz, [(1889) 1927], *El origen del conocimiento moral*, Revista de Occidente, Madrid.

Buchanan, James M. (1987), *Economics. Between Predictive Science and Moral Philosophy*, Texas A&M University Press, Texas.

Carrasco, María Alejandra (1999), *Consecuencialismo. Por qué no*. EUNSA, Pamplona.

Chiang, Alpha C. (1987), *Métodos fundamentales de la economía matemática*, McGraw-Hill, México.

Coase, Ronald H. (1978), "Economics and Contiguous Disciplines", *The Journal of Legal Studies*, vol. 7, nº 2, pp. 201-211.

Crespo, Ricardo F. (1998), "The Rebirth of Political Economy and its Concept According to Lionel Robbins", *Jahrbuch des Forschungsinstituts für Philosophie Hannover*, vol. 9, pp. 233-48.



Crespo, Ricardo F. (2000), *Liberalismo económico y libertad. Ortodoxos y Heterodoxos en las Teorías económicas actuales*, Rialp, Madrid.

Crespo, Ricardo F. (2003), *La Crisis de las Teorías Económicas Liberales. Problemas de los enfoques neoclásico y austríaco*, Folia, Universidad Autónoma de Guadalajara, México.

Crespo, Ricardo F. (2006), "The Ontology of 'the Economic': an Aristotelian Perspective", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 30, n° 5, pp. 767-781.

Cudd, Ann E. (1993), "Game Theory and the History of Ideas About Rationality", *Economics and Philosophy*, vol. 9, n° 1, pp. 101-133.

Cullity, Garrett y Gaut, Berys (eds.) (1997), *Ethics and Practical Reason*, Clarendon Press, Oxford, pp. 1-27.

Davis, John (2003), *The Theory of Individual in Economics*, Routledge, Londres.

Debreu, Gerard [1959 (1973)], *Teoría del valor*, Bosch, Barcelona.

Drakopoulos, Stavros A. (1991), *Values and Economic Theory*, Avebury, Aldershot.

Finnis, John (1983), *Fundamentals of Ethics*, Georgetown University Press, Washington.

Fraser, Lindley M. (1937), *Economic Thought and Language*, A & C Black Ltd., Londres.

Friedman, Milton (1953), "The Methodology of Positive Economics", *Essays in Positive Economics*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.

Fusfeld, Daniel R. (1996), "Rationality and Economic Behavior", *Journal of Economic Methodology*, vol. 3, n° 2, pp. 307-315.

García Sánchez, Javier (2005), "Alcance y límites de la racionalidad económica", en Rubio de Urquía, Rafael, Ureña, Enrique M. y Muñoz Pérez, Félix-Fernando (eds.), *Estudios de teoría económica y antropología*, Unión Editorial, Madrid

George, Robert P. (1993), *Making Men Moral. Civil Liberties and Public Morality*, Clarendon Press, Oxford.

Georgescu-Roegen, Nicholas (1954), "Choice, Expectations and Measurability", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 68, n° 4, pp. 503-534.

González, Ana Marta (1998), *Moral, razón y naturaleza. Una investigación sobre Santo Tomás de Aquino*, Eunsa, Pamplona.

González, Ana Marta (1999), *El faktum de la razón*, Cuadernos de Anuario Filosófico n° 75, Universidad de Navarra, Pamplona.

Gordon, Barry (2005) "Aristotle and Hesiod: The Economic Problem in Greek Thought", *Review of Social Economy*, vol. LXIII, n° 3, pp. 395-404.

Grisez, Germain, Boyle, Joseph y Finnis, John (1987), "Practical Principles, Moral Truth, and Ultimate Ends", *American Journal of Jurisprudence*, vol. 99, pp. 99-151.

Hargreaves Heap, Shaun (2001), "Expressive Rationality: is self-worth just another Kind of Preference?", en Mäki, Uskali (ed.), *The Economic World View. Stu-*



dies in the Ontology of Economics, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 98-113.

Hausman, Daniel (2003), "Philosophy of Economics", *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, <http://plato.stanford.edu/entries/economics/>.

Hirschman, Albert O. (1982), *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton University Press, Princeton.

Hirschman, Albert O. (1985), "Against Parsimony. Three Easy Ways of Complicating some Categories of Economic Discourse", *Economics and Philosophy*, vol. 1, pp. 7-21.

Hirschman, Albert O. (1986), "Contra la parsimonia. Tres caminos fáciles para complicar algunas categorías del discurso económico", *El Trimestre Económico*, vol. LIII, n° 4, pp. 707-723.

Hobbes, Thomas, [1651 (1996)], *Leviathan*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York.

Hume, David, [1888 (1968)], *A Treatise of Human Nature*, Oxford University Press, Oxford.

Inciarte, Fernando (1979), "Sobre la ética de la responsabilidad y contra el consecuencialismo teológico-moral", *Ética y teología ante la crisis contemporánea*, I Simposio Internacional de Teología, Pamplona, Universidad de Navarra.

Inciarte, Fernando (2001), *Liberalismo y republicanismo. Ensayos de filosofía política*, Eunsá, Pamplona.

Irwin, Terence H. (1990), *Aristotle's First Principles*, Clarendon Press, Oxford.

Irwin, Terence H. (1991), "The Structure of Aristotelian Happiness", *Ethics*, vol. 101, n° 2, pp. 382-391.

Kant, Emmanuel, [1788 (1960)], *Critique de la raison pratique*, PUF, París.

Keynes, John Maynard, [1921 (1952)], *A Treatise on Probability*, MacMillan, Londres.

Khalil, Elias L. (1997), "Buridan's Ass, Risk, Uncertainty, and Self-Competition: A Theory of Entrepreneurship", *Kyklos*, vol. 50, n° 2, pp. 147-163.

Khalil, Elias L., "Two Kinds of Institutions", <http://home.uchicago.edu/~elkhalil/inst.html>.

Knight, Frank H. (1940), "What is Truth in Economics", *Journal of Political Economy*, vol. 48, n° 1, pp. 1-32.

Knight, Frank H., 1956. *On the History and Method of Economics*, University of Chicago Press, Chicago.

Lawson, Tony (1997), "Situated Rationality", *Journal of Economic Methodology*, vol. 4, n° 1, pp. 101-125.

Leibenstein, Harvey (1976), *Beyond Economic Man*, Harvard University Press, Harvard.

Llano, Alejandro (2001), *Sueño y vigilia de la razón*, Eunsá, Pamplona.

MacIntyre, Alasdair (1988), *Whose Justice? Which Rationality?* Duckworth, Londres.

Martínez Barrera, Jorge (2004), "Más allá de uno mismo: sentido de la vida y amistad según Aristóteles", en Kelly, Thomas A. F. y Rosemann, Phillip W. (eds.) *Amor amicitiae: On the Love that is*



Friendship. Essays in Medieval Thought and Beyond in Honor of the Rev. James McEvoy, Peeters, Leuven.

Mauri, Margarita (2005), *El conocimiento moral*, Rialp, Madrid.

Menger, Carl [1883 (1985)], *Investigations into the Method of the Social Sciences With Special Reference to Economics*, New York University Press, Nueva York y Londres.

Mill, John Stuart, [1863 (1968)], *El Utilitarismo*, Aguilar, Buenos Aires.

Mirowski, Philip (2002), *Machine Dreams: Economics Becomes a Cyborg Science*, Cambridge University Press, Nueva York.

Mises, L.v. [1933 (1960)], *Epistemological Problems of Economics*, D. van Nostrand, Princeton.

Morgenstern, Oskar (1972), "Thirteen Critical Points in Contemporary Economic Theory: An Interpretation", *Journal of Economic Literature*, vol. 10, n° 4, pp. 1163-1189.

Nussbaum, Martha C. (2001), "Symposium on Amartya Sen's Philosophy: 5 Adaptive Preferences and Women's Options", *Economics and Philosophy*, vol. 17, pp. 67-88.

Nussbaum, Martha C. (2003a), "Capabilities as Fundamental Entitlements: Sen and Social Justice", *Feminist Economics* 9/2-3, pp. 33-59.

Nussbaum, Martha C. (2003b), "Tragedy and Human Capabilities: a Response to Vivian Walsh", *Review of Political Economy*, vol. 15n° 3, pp. 413-418.

Parsons, Talcott (1934), "Some Reflections on 'The Nature and Significance of Economics'", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 48, n° 3, pp. 511-545.

Peacock, Mark (2003), "Two-tier Rationality and Reflexivity: An Examination of the Foundations of Economic Reason", *Review of Social Economy*, vol. LXI, n° 1, pp. 73-89.

Phelps Brown, Ernest H. (1972), "The Underdevelopment of Economics", *The Economic Journal*, vol. 82 (325), pp. 1-10.

Polanyi, Karl (1994), *El sustento del hombre*, Biblioteca Mondadori, Barcelona.

Ramsey, Frank P. (1931), "Truth and Probability", en Ramsey, Frank P., *The Foundations of Mathematics and other Logical Essays*, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co, Londres, cap. VII, pp. 156-198. <http://socserv2.socsci.mcmaster.ca/~econ/ugcm/3ll3/ramseyfp/ramsess.pdf>

Rawls, John (1999), *A Theory of Justice*, Harvard University Press, Harvard.

Raz, Joseph (1986), *The Morality of Freedom*, Clarendon Press, Oxford.

Rescher, Nicholas (1988), *Rationality. A Philosophical Inquiry into the Nature and the Rationale of Reason*, Clarendon Press, Oxford.

Rhonheimer, Martin (2000), *La perspectiva de la moral*, Rialp, Madrid.

Richardson, Henry S. (1997), *Practical Reasoning About Final Ends*, Cambridge University Press, Cambridge.

Robbins, Lionel (1951), *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia*



económica, Fondo de Cultura Económica, México.

Samuelson, Paul A. (1948), "Consumption Theory in Terms of Revealed Preference," *Economica*, vol. 15, pp. 243-253.

Schmidtz, David (1994), "Choosing Ends", *Ethics*, vol. 104, n° 2, pp. 226-251.

Sen, Amartya y Williams, Bernard (eds.) (1982), Introduction: Utilitarianism and Beyond", en *Utilitarianism and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-21.

Sen, Amartya (1973), "Behaviour and the Concept of Preference", *Economica*, vol. 40, (159), pp. 241-259.

Sen, Amartya (1996), "Capacidad y Bienestar", en Nussbaum, Martha C. y Sen, Amartya (eds.), *La calidad de vida*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 54-83.

Sen, Amartya (1997), "Maximization and the Act of Choice", *Econometrica*, vol. 65, n° 4, pp. 745-779.

Sen, Amartya (2001), "Symposium on Amartya Sen's Philosophy: 4. Reply", *Economics and Philosophy*, vol. 17, n° 1, pp. 51-66.

Sen, Amartya (2002), *Rationality and Freedom*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge (Mass.) y Londres.

Slote, Michael (1989), *Beyond Optimizing. A Study of Rational Choice*, Harvard University Press, Harvard.

Smith, Adam (1984), *The Theory of Moral Sentiments*, Raphael, D.D. y Macfie, A.L. (eds.), Liberty Fund, Minneapolis.

Soaje Ramos, Guido (1988), "Algunas notas sobre el concepto de praxis en santo Tomás de Aquino", *Philosophica*, vol. 11, pp. 103-111.

Soaje Ramos, Guido (1991), "Razón práctica, libertad y normatividad. La filosofía moral tomasiana", *Dialogo di Filosofia*, vol. 8, pp. 89-116.

Souter, Ralph W. (1933), "'The Nature and Significance of Economic Science' in Recent Discussion", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 47, n° 3, pp. 377-413.

Spaemann, Robert (1991), *Felicidad y benevolencia*, Rialp, Madrid.

Stewart, Hamish (1995), "A Critique of Instrumental Reason in Economics", *Economics and Philosophy*, vol. 11, pp. 57-83.

Sugden, Robert (1991), "Rational Choice: A Survey of Contributions from Economics and Philosophy", *The Economic Journal*, vol. 101, pp. 751-785.

Taylor, Charles (1982), "The Diversity of Goods", en Sen, Amartya y Williams, Bernard (eds.), *Utilitarianism and Beyond*, Cambridge University Press, Nueva York, pp. 129-144.

Tomás de Aquino (1949), *Summa Theologiae*, Marietti, Turín y Roma.

Tomás de Aquino (1949), In *Decem Libros Ethicorum Aristotelis ad Nicomachum Expositio*, Marietti, Roma.



Tomás de Aquino (1955), In *Libros Analyticorum Posteriorum Aristotelis*, Marietti, Turín.

Vercelli, Alessandro (1991), *Methodological Foundations of Macroeconomics: Keynes and Lucas*, Cambridge University Press, Cambridge.

Vercelli, Alessandro (2001), "Uncertainty, Rationality and learning: a Keynesian Perspective", *QUADERNI del Dipartimento di Economia Politica*, n° 341, Università degli Studi di Siena, www.unitn.it/convegna/download/vercelli.pdf

Verstraete, Miguel (1993) "Tragedia ecológica: desnaturalización y encubrimiento", en Carlos Massini (comp.), *Eco-*

logía y filosofía, Edium, Mendoza, pp. 173-190.

Vigo, Alejandro (1997), *La concepción aristotélica de la felicidad*, Universidad de los Andes, Santiago de Chile.

Weber, Max [1922 (1998)], *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.

Wiggins, David (2002), *Needs, Values, Truth. Third Edition. Amended*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York.

Zafirovski, Milan (2003), "Human Rational Behavior and Economic Rationality", *Electronic Journal of Sociology*, http://www.sociology.org/content/vol7.2/02_zafirovski.html



CUADERNOS EMPRESA Y HUMANISMO

En español

- Nº1 *Aspecto financiero y aspecto humano de la Empresa*
Vittorio Mathieu
- Nº2 *La interpretación socialista del trabajo y el futuro de la Empresa*
Leonardo Polo
- Nº3 *La responsabilidad social del empresario*
Enrique de Sendagorta
- Nº4 *El sentido de los conflictos éticos originados por el entorno en el que opera la Empresa*
Juan Antonio Pérez López
- Nº5 *Empresa y Cultura*
Fernando Fernández
- Nº6 *Humanismo y Empresa*
Cruz Martínez Esteruelas
- Nº7 *Moralidad y eficiencia: líneas fundamentales de la ética económica*
Peter Koslowski
- Nº8 *La estrategia social de la empresa*
Manuel Herrán Romero-Girón
- Nº9 *El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa*
Carlos Llano
- Nº10 *El altruísmo en la empresa*
George Gilder
- Nº11 *Ricos y pobres. Igualdad y desigualdad*
Leonardo Polo
- Nº12 *El utilitarismo en la ética empresarial*
Joan Fontrodona
- Nº13 *La empresa en la historia*
Agustín González Enciso

- Nº14 *La empresa entre la Economía y el Derecho*
José Antonio Doral
- Nº15 *La empresa ante la nueva complejidad*
Alejandro Llano
- Nº16 *Empresa y libertad*
Jesús Arellano
- Nº17 *¿Qué es el humanismo empresarial?*
Rafael Alvira
- Nº18 *El rendimiento social de la Empresa*
Jose M. Basagoiti
- Nº19 *Elementos configuradores de la actual valoración del trabajo*
Tomás Melendo
- Nº20 *Dirección y sistemas de mando*
Manuel López Merino
- Nº21 *La índole personal del trabajo humano*
Tomás Melendo
- Nº22 *La revolución social del management*
Tomás Calleja
- Nº23 *Indicadores de la madurez de la personalidad*
Enrique Rojas
- Nº24 *Empresa y sistemas de cooperación social*
Ignacio Miralbell
- Nº25 *Humanismo para la dirección*
Miguel Bastons
- Nº26 *Actualidad del humanismo empresarial*
Alejandro Llano
- Nº27 *Notas sobre la cultura empresarial*
Rafael Gómez Pérez



LAS RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA

Ricardo F. Crespo

- Nº28 *La importancia de la dinámica política para el directivo*
Manuel Alcaide Castro
- Nº29 *El poder...¿Para qué?*
Juan Antonio Pérez López
- Nº30 *La empresa y el ambiente socio-político en el umbral del nuevo siglo*
Daniel Bell
- Nº31 *La gestión del cambio en la empresa*
Juan A. Díaz Alvarez
- Nº32 *Hacia un mundo más humano*
Leonardo Polo
- Nº33 *Estudio histórico sistemático del humanismo*
Higinio Marín
- Nº34 *Humanismo estamental*
Higinio Marín
- Nº35 *Consideraciones sobre el activo humano de la empresa*
Tomás Calleja
- Nº36 *Ser el mejor. Hacer que otros también lo sean*
(Sólo para empresarios)
José María Ortiz
- Nº 37 *La Etica de la Sociedad de Consumo*
Antonio Argandoña
- Nº 38 *Hacia una Economía Política Humanista*
Ludwig Erhard
- Nº 39 *Las referencias sociales de la empresa*
Tomás Calleja
- Nº 40 *Máximo Beneficio y Máxima Racionalidad*
José María Ortiz
- Nº 41 *La inserción de la Persona en la Empresa*
Armando Segura
- Nº 42 *Humanismo pericial*
Higinio Marín
- Nº 43 *Dimensión humanista de la energía*
Tomás Calleja
- Nº 44 *La empresa entre lo privado y lo público*
Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
- Nº 45 *Competitividad y cooperación como valores institucionales de la empresa*
Santiago García Echevarría
- Nº 46 *Filosofía de la economía I - Metodología de la ciencia económica*
Alejo J. Sison
- Nº 47 *La lógica del directivo: el control necesario y la confianza imposible*
Pablo García Ruiz
- Nº 48 *La 'revolución' institucional de la empresa. El reto al directivo y a los recursos humanos*
Santiago García Echevarría
- Nº 49 *Filosofía de la economía II- El ámbito austrogermánico*
Alejo J. Sison
- Nº 50 *Valores éticos de la empresa*
Juan Cruz
- Nº 51 *La empresa virtuosa*
José María Ortiz
- Nº 52 *Las decisiones en la empresa: cálculo y creatividad*
Miguel Bastons
- Nº 53 *Filosofía de la Economía III. Los fundamentos antropológicos de la actividad económica*
Alejo J. Sison
- Nº 54 *La familia: un imperativo para la empresa*
Ramón Ibarra



- Nº 55 *Variaciones sobre una crisis*
Tomás Calleja
- Nº 56 *Pobreza, productividad y precios*
Paolo Savona
- Nº 57 *Lo común y lo específico de la crisis moral actual*
Rafael Alvira
- Nº 58 *La ética empresarial: una aproximación al fenómeno*
Manuel Guillén
- Nº 59 *La dimensión política de la economía*
Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
- Nº 60 *Sobre la cooperación competitiva*
Ana Fernández y Carmelo Lacaci
- Nº 61 *Organizaciones inteligentes en la sociedad del conocimiento*
Alejandro Llano
- Nº 62 *La economía social de mercado de Ludwig Edhard y el futuro del estado de bienestar*
Ana Fernández y Carmelo Lacaci
- Nº 63 *La persona humana en la empresa de fin de siglo*
Carlos Llano
- Nº 64 *Estado, sociedad civil y empresa*
Tomás Calleja
- Nº 65 *Sobre la confianza*
Richard Brisebois
- Nº 66 *El protagonismo social de la empresa*
Tomás Calleja
- Nº 67 *Dimensiones estéticas de la empresa*
Rafael Alvira
- Nº 68 *La empresa como realidad estética*
Ana Fernández
- Nº 69 *De la estética a la ética de la comunicación interna*
Iñaki Vélaz
- Nº 70 *La respuesta empresarial a una nueva dinámica del empleo: ¿Eficiencia económica versus eficiencia social en clave ética?*
Santiago García Echevarría
- Nº 71 *La Profesión: Enclave ético de la moderna sociedad diferenciada*
Fernando Múgica
- Nº 72 *El Empresario servidor - líder*
Enrique de Sendagorta
- Nº 73 *Peter Drucker (I): Hacia una biografía intelectual*
Guido Stein
- Nº 74 *Peter Drucker (II): Sobre Empresa y Sociedad*
Guido Stein
- Nº 75 *La literatura anglo-americana de la propiedad*
Alejo José Sison
- Nº 76 *La empresa como sujeto de las relaciones internacionales*
Javier Herrero
- Nº 77 *Clima y cultura empresarial*
Iñaki Vélaz
- Nº 78 *Valores burgueses y valores aristocráticos en el capitalismo moderno: una reflexión histórica*
Agustín González Enciso
- Nº 79 *Hacia una nueva teoría de la empresa*
Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
- Nº 80 *Los pliegues ocultos de las relaciones en la empresa*
Tomás Calleja



- Nº 81 *La empresa entre el psicologismo y el conductismo*
Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
- Nº 82 *La tercera vía en Wilhelm Röpke*
Jerónimo Molina Castro
- Nº 83 *Teorías de la empresa y crisis de la modernidad*
Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
- Nº 84 *Adam Smith: Interés particular y bien común*
Raquel Lázaro Cantero
- Nº 85 *Violencia y modelos sociales. Una visión humanista*
Tomás Calleja Canelas
- Nº 86 *El estado y la teoría económica. Ideas prospectivas del papel del estado en la economía*
Ángel Rodríguez García-Brazales y Óscar Vara Crespo
- Nº 87 *Visiones racionalistas y románticas de la empresa*
Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
- Nº 88 *Los orígenes de la Teoría de la Empresa*
Miguel Alfonso Martínez-Echevarría
- Nº 89 *Un modelo para comprender la empresarialidad*
Eduardo García Erquiaga
- Nº 90 *Dirección de empresas en la economía del conocimiento*
Marta Mas, Alfons Corrales e

- Iñaki Vélaz
- Nº 91 *El autocontrol de la gestión en organizaciones públicas*
Omar Urrea Romero
- Nº 92 *Los contratos son lo que son*
José Antonio Doral
- Nº 93 *Introducción al octógono*
Manuel Alcázar García
- Nº 94 *Consensualismo y gobierno político*
María Alejandra Vanney
- Nº 95 *La relación entre Política y Ética en Charles Péguy*
Antoinette Kankindi

En inglés

- Nº9 *Managerial work and operative work within enterprise*
Carlos Llano
- Nº10 *The altruism of enterprise*
George Gilder
- Nº15 *Business and the new complexity*
Alejandro Llano
- Nº17 *Enterprise and Humanism*
Rafael Alvira
- Nº22 *The social revolution of management*
Tomás Calleja
- Nº30 *The socio-political environment that enterprise may face*
Daniel Bell

